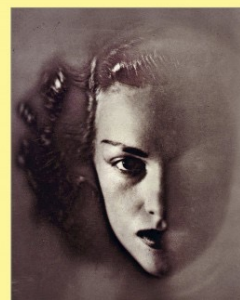


Visita  
al territorio de

# Patrick Modiano

PATRICK MODIANO

*Viaje de novios*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas



La Escalera  
Lugar de lecturas

*Para Robert Gallimard*

Los días veraniegos regresarán, pero el calor no volverá a ser nunca tan bochornoso ni las calles volverán a estar tan vacías como en Milán el martes aquel. El día anterior había sido 15 de agosto. Había dejado la maleta en la consigna y, al salir de la estación, titubeé un instante: era imposible andar por la ciudad con aquel sol de plomo. Las cinco de la tarde. Cuatro horas de espera para el tren de París. Había que encontrar un refugio y mis pasos me llevaron, a unos cientos de metros y pasada una avenida que bordeaba la estación, hasta un hotel cuya fachada imponente había localizado.

Los pasillos de mármol blanco protegían del sol y, en el frescor y la semipenumbra del bar, estaba uno en el fondo de un pozo. En la actualidad, aquel bar me hace pensar en un pozo y aquel hotel en un gigantesco blocao, pero entonces me contentaba con beber con una pajita una mezcla de granadina y zumo de naranja. Escuchaba al barman cuyo rostro se me ha borrado de la memoria. Le estaba hablando a otro cliente y sería completamente incapaz de describir el aspecto y la ropa de aquel hombre. Solo persiste una cosa en mi pensamiento: su forma de acompañar la conversación con unos «Mah» que retumbaban como un ladrido fúnebre.

Una mujer se había suicidado en una de las habitaciones del hotel dos días antes, la víspera del 15 de agosto. El barman explicaba que habían llamado a una ambulancia, pero que no había servido de nada. Había visto a aquella mujer en el transcurso de la tarde. Había ido al bar. Estaba sola. Tras el suicidio, la policía lo había interrogado, a él, al barman. No había podido darles muchos detalles que digamos. Una mujer morena. El director del hotel se sintió aliviado hasta cierto punto porque el asunto había pasado casi inadvertido, pues había pocos clientes en esa época del año. Aquella mañana había salido un suelto en el *Corriere*. Una francesa. ¿A qué había ido a Milán en el mes de agosto? Se volvieron hacia mí como si esperasen que yo les diera una respuesta. Luego, el barman me dijo en francés:

—Aquí no hay que venir en el mes de agosto. En Milán todo está cerrado en el mes de agosto.

El otro hombre le dio la razón con su «¡Mah!» fúnebre. Y los dos me miraron con ojos de reprobación para hacerme notar bien claro que había cometido una torpeza, e incluso más que una torpeza, una falta de bastante gravedad al dejarme caer por Milán en el mes de agosto:

—Puede comprobarlo —me dijo el barman—. Hoy no está abierta en Milán ni una tienda.

Me encontré en uno de los taxis amarillos estacionados delante del hotel. El taxista, al fijarse en mi titubeo de turista, me propuso llevarme a la plaza del Duomo.

Las avenidas estaban vacías y todas las tiendas, cerradas. Me pregunté si la mujer de la que hablaban hacía un rato había cruzado también Milán en un taxi amarillo antes de regresar al hotel y matarse. Creo que, sobre la marcha, no pensé que el espectáculo de aquella ciudad desierta hubiese podido incitarla a tomar esa decisión.

Antes bien, si busco unas palabras que traduzcan la impresión que me producía Milán ese 16 de agosto se me vienen en el acto a la cabeza estas: Ciudad abierta. A lo que me parecía, la ciudad se permitía una pausa y estaba seguro de que el bullicio y el ruido volverían.

En la plaza del Duomo, unos turistas con gorra vagaban al pie de la catedral; y las luces de una librería grande estaban encendidas a la entrada de la galería Víctor Manuel. Era el único cliente y hojeaba los libros bajo la luz eléctrica. ¿Había ido la mujer a esta librería la víspera del 15 de agosto? Me entraban ganas de preguntárselo al hombre que estaba, tras un escritorio, al fondo de la librería, en la sección de libros de arte. Pero no sabía casi nada de ella; solo que era morena y francesa.

Recorrí la galería Víctor Manuel. Toda la vida que había en Milán se había refugiado allí para librarse de los rayos mortíferos del sol: niños que rodeaban a un vendedor de helados, japoneses y alemanes, italianos del Sur que visitaban la ciudad por primera vez. Tres días antes y probablemente habiéramos coincidido esa mujer y yo en la galería; y, como los dos éramos franceses, habríamos trabado conversación.

Aún tenían que pasar otras dos horas antes de coger el tren de París. Volví a subirme a uno de esos taxis amarillos que esperaban en fila en la plaza del Duomo y le di al taxista el nombre del hotel. Caía la tarde. Ahora, las avenidas, los jardines, los tranvías de esa ciudad extranjera y el calor que te deja aún más aislado, todo eso, para mí, armoniza con el suicidio de esa mujer. Pero en ese momento, en el taxi, me decía que se debía a una desafortunada casualidad.

El barman estaba solo. Volvió a ponerme una mezcla de granadina y zumo de naranja.

—¿Qué? ¿Ha visto? Las tiendas están cerradas en Milán...

Le pregunté si la mujer de quien hablaba hacía un rato y de la que decía, respetuosamente y con grandilocuencia, que «había puesto fin a sus días» llevaba mucho en el hotel.

—No, no... Tres días antes de poner fin a sus días...

—¿Y de dónde venía?

—De París... Iba a reunirse con unos amigos que estaban de vacaciones en el sur, en Capri. Lo dijo la policía... Alguien debe venir mañana de Capri a solucionar todos los problemas...

Solucionar todos los problemas. ¿Qué tenían en común esas palabras lúgubres con el cielo azul, las cuevas marinas y la liviandad estival que evocaba Capri?

—Una mujer muy guapa... Estaba sentada ahí...

Y me señalaba una mesa al fondo del todo.

—Le serví lo mismo que a usted...

La hora de mi tren para París. Fuera era de noche, pero el calor resultaba tan agobiante como en plena tarde. Crucé la avenida con los ojos clavados en la fachada monumental de la estación. En la gigantesca sala de la consigna, me registré todos los bolsillos buscando el *ticket* que me permitiría recuperar el equipaje.

Había comprado el *Corriere della Sera*. Quería leer «el suelto» dedicado a esa mujer. Seguramente había llegado de París en el andén en que estaba yo ahora; y yo iba a hacer el recorrido inverso con cinco días de diferencia... Qué idea tan curiosa esa de venir a suicidarse aquí cuando unos amigos te están esperando en Capri... A lo mejor había, para aquel gesto, un motivo que yo nunca llegaría a saber.

Volví a Milán la semana pasada, pero no salí del aeropuerto. Las cosas no eran ya como hace dieciocho años. Sí, dieciocho años, conté los años con los dedos. En esta ocasión no cogí un taxi amarillo para que me llevase a la plaza del Duomo y a la galería Víctor Manuel. Llovía; una lluvia de junio, insistente. Una hora de espera apenas y me subiría a un avión que me llevaría a París.

Estaba en tránsito, en una sala grande y acristalada del aeropuerto de Milán. Me acordé de aquel día de hacía dieciocho años y, por primera vez en todo aquel tiempo, aquella mujer que «había puesto fin a sus días» — como decía el barman — empezó a ocuparme la atención de verdad.

El billete de avión para Milán, de ida y vuelta, lo había comprado al azar la víspera en una agencia de viajes de la calle de Jouffroy. En casa, lo escondí en el fondo de una de mis maletas, a causa de Annette, mi mujer. Milán. Había escogido esa ciudad al azar entre otras tres: Viena, Atenas y Lisboa. El destino era lo de menos. El único problema era que el avión saliese a la misma hora que el que tenía que coger para Río de Janeiro.

Me acompañaron al aeropuerto: Annette, Wetzel y Cavanaugh. Hacían gala de esa alegría falsa que había notado yo con frecuencia al inicio de nuestras expediciones. A mí nunca me ha gustado irme y ese día me gustaba menos que de costumbre. Sentía ganas de decirles que ya no teníamos edad para seguir ejerciendo ese oficio que no queda más remedio que nombrar con esta palabra tan pasada de moda: «explorador». ¿Íbamos a seguir mucho tiempo aún proyectando nuestros documentales en la sala Pleyel o en otras salas de cine de provincias, cada vez más escasas? Muy jóvenes, quisimos seguir el ejemplo de nuestros mayores, pero ya era demasiado tarde para nosotros. No quedaba ninguna tierra virgen por explorar.

—Llámanos en cuanto llegues a Río... — dijo Wetzel.

Se trataba de una expedición rutinaria: otro documental que tenía que rodar y que se iba a llamar, después de tantos otros: *Tras el rastro del coronel Fawcett*, un pretexto para filmar unos cuantos pueblos en las lindes del Mato Grosso. En esta ocasión, había decidido que no me verían por Brasil, pero no me atrevía a confesárselo a Annette y a los otros. No lo habrían entendido ni poco ni mucho. Y además Annette estaba esperando que me fuera para quedarse a solas con Cavanaugh.

—Dales besos a los amigos de Brasil — dijo Cavanaugh.

Se refería al equipo técnico que había ido por delante y me esperaba al otro lado del océano, en el hotel Souza de Río de Janeiro. Podían esperarme sentados... Al cabo de cuarenta y ocho horas, empezaría a embargarlos una preocupación inconcreta. Llamarían a París. Annette cogería el teléfono y Cavanaugh, el auricular supletorio. Desaparecido, sí, había desaparecido. Igual que el coronel Fawcett. Pero con la siguiente diferencia: yo me había volatilizado nada más comenzar la expedición, lo que les iba a suponer una preocupación aún mayor, porque se darían cuenta de que mi asiento en el avión de Río se había quedado sin ocupar.

Les había dicho que prefería que no me acompañasen hasta la puerta de embarque y me volví hacia el grupito que formaban con el pensamiento de que no iba a volver a verlos en la vida. Wetzel y Cavanaugh se conservaban de lo más lozanos debido a nuestro oficio, que en realidad no era tal, sino una forma de seguir adelante con los sueños de la infancia. ¿Continuaríamos mucho tiempo aún siendo unos jóvenes viejos? Movían los brazos para decirme adiós. Annette me conmovió. Teníamos los dos exactamente la misma edad y se había convertido en una de esas danesas un tanto ajadas que me atraían cuando tenía veinte años. Por entonces eran mayores que yo y me gustaba su dulzura protectora.

Estaba esperando que se fueran del vestíbulo para encaminarme hacia la puerta de embarque del avión de Milán. Habría podido regresar a París en el acto, a escondidas. Pero sentía la necesidad de poner primero cierta distancia entre ellos y yo.

Por un momento, en aquella sala de tránsito, tuve la tentación de salir del aeropuerto e ir siguiendo, por las calles de Milán, el mismo itinerario de antaño. Pero era inútil. La mujer había venido a morir aquí por casualidad. Era en París donde había que descubrir sus huellas.

Durante el trayecto de vuelta, dejé que me invadiera una sensación de euforia que no había experimentado desde mi primer viaje, a los veinticinco años, rumbo a las islas del Pacífico. Tras aquel, hubo muchos otros viajes. ¿El ejemplo de Stanley, de Savorgnan de Brazza y de Alain Gerbault, cuyas hazañas había leído en la infancia? La necesidad de huir, sobre todo. La sentía dentro de mí, más violenta que nunca. Ahí, en ese avión que me devolvía a París. Tenía la impresión de estar huyendo aún más lejos que si hubiese embarcado, como habría debido hacerlo, para Río.

Conozco muchos hoteles en los barrios periféricos de París y había decidido cambiar de hotel con regularidad. El primero donde cogí una habitación fue el hotel Dodds, en la puerta Dorée. Allí no corría el riesgo de encontrarme con Annette. Después de irme yo, lo más seguro es que Cavanaugh se la hubiera llevado a su piso de la avenida de Duquesne. A lo mejor había tardado en enterarse de mi desaparición, porque nadie — ni siquiera Wetzel — sabía que era la amante de Cavanaugh y el teléfono debía de haber sonado en vano en nuestra casa, en el pasaje de La Cité Véron. Y luego, al cabo de unos cuantos días de luna de miel, habría pasado por fin por La Cité Véron donde un telegrama — supongo — la estaba esperando: «Equipo Río preocupadísimo. Jean ausente avión día 18. Llamar urgentemente hotel Souza». Y Cavanaugh fue a reunirse con ella a La Cité Véron para compartir su angustia.

Yo no me siento para nada angustiado. Sino ingrátido, muy ingrátido. Y me niego a que todo esto se tiña de un tono dramático: ya soy demasiado mayor para eso. En cuanto me quede sin liquidez, intentaré llegar a un entendimiento con Annette. Llamar por teléfono a La Cité Véron no sería prudente, debido a la presencia de Cavanaugh. Pero ya encontraré un modo de quedar con Annette en secreto. Y tomaré

medidas para que calle. A ella le va a tocar a partir de ahora desanimar a quienes quieran emprender mi búsqueda. Cuenta con habilidad suficiente para confundir las pistas y confundirlas tan bien que será como si yo no hubiera existido nunca.

Hoy hace muy buen día en la puerta Dorée. Pero el calor no es tan bochornoso como en Milán, ni las calles están tan vacías como aquel día de hace dieciocho años. Más allá, del otro lado del bulevar de Soult y de la plaza de las fuentes, hay turistas que se agolpan a la puerta del zoo y otros que suben por las escaleras del antiguo Museo de las Colonias. Desempeñó un papel en nuestra vida ese museo al que íbamos de niños Cavanaugh, Wetzel y yo, y también ese zoo. Allí soñamos con países remotos y con expediciones de las que no se regresaba.

He vuelto al punto de partida. Yo también, más tarde, sacaré una entrada para visitar el zoo. Dentro de unas semanas saldrá seguramente un articulito en un diario cualquiera que comunicará la desaparición de Jean B. Annette seguirá mis instrucciones y hará creer que me he esfumado por ahí durante mi último viaje a Brasil. Pasará el tiempo y figuraré en la lista de los exploradores perdidos, después de Fawcett y Mauffrais. Nadie adivinará nunca que he ido a parar a las puertas de París y que esa era la meta de mi viaje.

Se imaginan que en sus necrológicas pueden reconstituir el curso de una vida. Pero no tienen ni idea. Hace dieciocho años estaba echado en mi litera del tren cuando leí el suelto del *Corriere della Sera*. Tuve una corazonada: a esa mujer a la que se refería y que había puesto fin a sus días — según la expresión del barman yo la había conocido. El tren estuvo parado mucho tiempo en la estación de Milán y yo estaba tan trastornado que me preguntaba si no debería bajarme del vagón y regresar al hotel como si tuviera aún una oportunidad de volver a verla.

En el *Corriere della Sera* se habían equivocado en la edad. Tenía cuarenta y cinco años. La llamaban por su apellido de soltera, aunque siguiera casada con Rigaud. Pero ¿quién estaba enterado de eso aparte de Rigaud, de mí y de los empleados del registro civil? ¿Era posible, en realidad, reprocharles ese error y no estaba más justificado, bien pensado, haberle dejado el apellido de soltera, ese que llevaba en los veinte primeros años de su vida?

El barman del hotel había dicho que iría alguien a «solucionar todos los problemas». ¿Se refería a Rigaud? Cuando estaba arrancando el tren me imaginé a mí mismo en presencia de un Rigaud que no fuera ya el mismo que seis años atrás debido a las circunstancias. ¿Me habría reconocido? Desde que se cruzaron en mi camino, hacía seis años, Ingrid y él, no lo había vuelto a ver.

A Ingrid sí la había visto una vez en París. Sin Rigaud.

Al otro lado del cristal de la ventanilla pasaba despacio un suburbio silencioso bajo la luna. Iba solo en el compartimiento. Solo había encendido la lamparilla de encima de la litera. Habría bastado con llegar a Milán tres días antes para cruzarme



con Ingrid en el vestíbulo del hotel. Pensé eso mismo aquella tarde, mientras el taxi me llevaba a la plaza del Duomo, pero aún no sabía que era ella.

¿De qué habríamos hablado? ¿Y si hubiese fingido que no me reconocía? ¿Fingir? Pero si debía de sentirse ya tan lejos de todo que ni siquiera se habría fijado en mí. O habría cruzado conmigo unas cuantas palabras de mera cortesía antes de separarse de mí para siempre.

Ya no se puede subir por las escaleras interiores de esa roca grande del zoo que se llama la Roca de las Gamuzas. Hay riesgo de que se derrumbe y la envuelve algo así como una redecilla. El hormigón se ha resquebrajado por varios sitios y asoman las varillas de hierro oxidado del armazón. Pero me alegraba de volver a ver las jirafas y los elefantes. Sábado. Muchos turistas sacaban fotos. Y familias que aún no se habían ido de vacaciones o que no se irían entraban en el zoo de Vincennes como en un lugar de veraneo.

Ahora me siento en un banco, de cara al lago Daumesnil. Luego volveré al hotel Dodds, que cae muy cerca y es uno de esos edificios que flanquean el antiguo Museo de las Colonias. Desde la ventana de mi habitación miraré la plaza y los juegos de agua de las fuentes. ¿Habría podido imaginar en la época en que conocí a Ingrid y a Rigaud que vendría a parar aquí, a la puerta Dorée, tras más de veinte años de viajes por países remotos?

Al regresar de Milán aquel verano quise saber más cosas acerca del suicidio de Ingrid. Nadie contestaba el teléfono en el número que me había dado cuando la vi sola en París por primera y última vez. Y, en cualquier caso, me había dicho que ya no vivía con Rigaud. Encontré otro número, uno que Rigaud había escrito de prisa y corriendo cuando me acompañaron los dos, seis años antes, a la estación de Saint-Raphaël: KLÉBER 83-85.

Una voz de mujer me dijo que al señor Rigaud «hacía mucho que no se lo veía por allí». ¿Podía escribirle? «Si usted quiere, caballero... No le garantizo nada». Entonces le pregunté por las señas de KLÉBER 83-85. Era un edificio de pisos amueblados en la calle de Spontini. ¿Escribirle? Pero las palabras de pésame no me parecía que encajasen bien ni con Ingrid ni con él, Rigaud.

Empecé a viajar. Su recuerdo se difuminó. Me había limitado a cruzarme con ellos, con ella y con Rigaud, y nuestras relaciones nunca habían pasado de superficiales. Fue tres años después del suicidio de Ingrid cuando, una noche de verano, estando en París solo y de paso, o, para ser exactos, de vuelta de Oceanía y pocos días antes de tener que irme a Río de Janeiro, sentí la necesidad de llamar otra vez a KLÉBER 83-85. Me acuerdo de que entré en un gran hotel de la calle de Rivoli especialmente para hacer esa llamada. Antes de decirle el número a la telefonista, caminé arriba y abajo por el vestíbulo del hotel preparando las frases que le iba a

decir a Rigaud. Temía que los nervios me dejaran mudo. Pero en esa ocasión nadie contestó.

Y fueron pasando los años, los viajes, las proyecciones de documentales en la sala Pleyel y en otras sin tener mucho que digamos en mente ni a Ingrid ni a Rigaud. La noche en que intenté por última vez telefonar a Rigaud era una noche de verano como la de hoy: el mismo calor, y una sensación de extrañeza y de soledad, pero muy desvirtuada en comparación con la que noto ahora... Era solo la impresión de tiempo muerto que siente un viajero entre dos aviones. Cavanaugh y Wetzel tenían que reunirse conmigo pocos días después y nos iríamos los tres a Río de Janeiro. La vida era aún un zumbido de movimiento y de estupendos proyectos.

Hace un rato, antes de volver al hotel, me quedé sorprendido al comprobar que la fachada del antiguo Museo de las Colonias y las fuentes de la plaza estaban iluminadas. Había dos autocares de turistas aparcados a la entrada del bulevar de Soult. Con la proximidad del 14 de julio, ¿seguía el zoo abierto por la noche? ¿Qué podía atraer a los turistas en este barrio a las nueve de la noche?

Me pregunté si Annette, la semana siguiente, recibiría a los amigos, igual que hacíamos todos los años el 14 de julio, en nuestra amplia azotea de La Cité Véron. Estaba casi seguro de que sí: necesitaría compañía por culpa de mi desaparición. Y no cabía duda de que Cavanaugh la animaría a no renunciar a esa costumbre.

Iba caminando por el bulevar de Soult. La silueta de los edificios se recortaba a contraluz. A veces, en la fachada de alguno, una gran mancha de sol. A trechos había otras manchas que me llamaban la atención en las aceras. Esos contrastes de sombra y de luz de sol poniente, ese calor y ese bulevar vacío... Casablanca. Sí, iba recorriendo una de las anchas avenidas de Casablanca. Se hizo de noche. Por las ventanas abiertas me llegaba la algarabía de los televisores. Volvía a ser París. Entré en una cabina telefónica y hojeé la guía en busca del apellido Rigaud. Una columna entera de Rigaud con sus respectivos nombres. Pero no recordaba ya el suyo.

Sin embargo, tenía la seguridad de que Rigaud vivía aún en alguna parte de alguno de los barrios de la periferia. Cuántos hombres y mujeres que suponemos que han muerto o desaparecido viven en esos bloques de edificios que trazan las lindes de París... Yo había localizado ya a dos o tres en la puerta Dorée, con un reflejo de su pasado en el rostro. Podrían decirnos muchas cosas, pero callarán hasta el final y les da completamente igual que el mundo se haya olvidado de ellos.

En mi habitación del hotel Dodds, pensaba que los veranos se parecen. Las lluvias de junio, los días de canícula, las noches de 14 de julio en que Annette y yo recibíamos a los amigos en la azotea de La Cité Véron... Pero el verano en que conocí a Ingrid y a Rigaud era de verdad de otra categoría. Había aún ingravidez en el aire.

¿A partir de qué momento de mi vida me parecieron de pronto los veranos diferentes de los que había conocido hasta entonces? Resultaría difícil determinarlo. No hay una frontera concreta. ¿El verano del suicidio de Ingrid en Milán? Me había parecido idéntico a los demás. Es al recordar en la actualidad las calles desiertas bajo el sol y aquel calor asfixiante en el taxi amarillo cuando noto la misma incomodidad que ahora en París en julio.

Desde hace ya mucho —y en esta ocasión de una forma más virulenta de la habitual— el verano es una estación que me causa una sensación de vacío y de ausencia y me devuelve al pasado. ¿Es acaso por la luz demasiado cruda, el silencio de las calles desiertas bajo el sol, esos contrastes de sombra y de sol poniente, la otra tarde, en las fachadas de los edificios del bulevar de Sault? El pasado y el presente se me mezclan en el pensamiento por un fenómeno de sobreimpresión. De ahí viene la incomodidad seguramente. Esa incomodidad no la siento solo en un estado de soledad como el de ahora, sino en todas nuestras fiestas del 14 de julio, en la azotea de La Cité Véron. Sigo oyendo a Wetzel o a Cavanaugh decirme: «¿Qué pasa, Jean, algo va mal? Deberías tomarte una copa de champán»; o es Annette quien se me arrima mucho y me acaricia los labios con el dedo índice mientras me cuchichea al oído con su acento danés: «¿En qué piensas, Jeannot? Dime, ¿me quieres todavía?». Y oigo a nuestro alrededor las carcajadas, el murmullo de las conversaciones, la música.

Ese verano, la incomodidad no existía, ni esta sobreimpresión extraña del pasado sobre el presente. Tenía veinte años. Volvía de Austria, de Viena, en tren y me bajé en la estación de Saint-Raphaël. Las nueve de la mañana. Quería coger un coche de línea que me llevase a la zona de Saint-Tropez. Me di cuenta, rebuscando en uno de los bolsillos de la chaqueta, de que me habían robado todo el dinero que me quedaba: trescientos francos. Sobre la marcha, decidí no hacerme preguntas sobre mi porvenir. Hacía muy buen tiempo esa mañana, y el calor era tan agobiante como el de ahora, pero por entonces no me molestaba.

Me había apostado a la salida de Saint-Raphaël para hacer autostop en la carretera de la costa. Estuve esperando alrededor de media hora antes de que parase un coche negro. Lo primero que me llamó la atención: era la mujer quien conducía y el hombre iba en el asiento de atrás. Ella se asomó por la ventanilla. Llevaba gafas de sol.

—¿Adónde va?

—Por la zona de Saint-Tropez.

Con una seña de la cabeza me indicó que podía subir.

No decían ni palabra. Yo buscaba una frase para entablar conversación.

—¿Están de vacaciones?

—Sí, sí...

Me contestó distraídamente. Él, en el asiento de atrás, miraba un mapa de tamaño mucho mayor que los mapas Michelin. Yo lo veía perfectamente en el retrovisor.

—Vamos a llegar enseguida a Les Issambres...

La mujer miraba los indicadores que había a un lado de la carretera. Luego volvió la cara hacia mí:

—¿No le importa si paramos un momento en Les Issambres?

Me lo había dicho con naturalidad, como si nos conociéramos hacía mucho.

—Hacemos una parada, pero luego seguimos hasta Saint-Tropez — me dijo con una sonrisa.

El hombre había doblado el mapa y lo había dejado a su lado en el asiento. Yo les echaba a los dos alrededor de treinta y cinco años. Ella era morena con ojos claros. Él llevaba el pelo corto, peinado hacia atrás, y tenía la cara compacta y la nariz algo achatada. Llevaba una chaqueta de ante.

—Debe de ser ahí... El individuo nos está esperando.

Se había inclinado hacia ella y le apoyaba la mano en el hombro. Un hombre con traje de verano y con una pesada cartera negra iba y venía por delante de la verja de una villa. La mujer aparcó el coche en la acera, a pocos metros de la verja.

—Tardaremos un momento —me dijo—. ¿Puede esperarnos en el coche?

El hombre salió primero y fue a abrirle la puerta. Cuando ella salió, él mismo volvió a cerrarla. Luego asomó la cabeza por la ventanilla.

—Si se aburre, puede fumar... Hay cigarrillos en la guantera...

Se acercaban ambos al hombre de la cartera. Me fijé en que a él le fallaba un poco una pierna, pero iba muy erguido y le rodeaba a ella los hombros con el brazo, con ademán protector. Le estrecharon la mano al hombre de la cartera, quien abrió la verja y les cedió el paso.

Al buscar en la guantera el paquete de cigarrillos, tiré al suelo un pasaporte. Antes de ponerlo en su sitio, lo abrí; no podría decir si fue un gesto mecánico o si, sencillamente, sentía curiosidad. Un pasaporte francés, a nombre de Ingrid Teyrsen, señora de Rigaud. Lo que me dejó sorprendido fue que había nacido en Austria, en Viena, la ciudad en que había vivido yo unos meses. Encendí un cigarrillo, pero con la primera bocanada se me revolvió el estómago: la noche anterior, en el tren, no había dormido y llevaba sin comer nada desde el almuerzo de la víspera.

No salí del coche. Intentaba luchar contra el cansancio, pero de vez en cuando me amodorraba. Oí el susurro de una conversación y abrí los ojos. Estaban los dos junto al coche con el hombre de la cartera negra. Le estrecharon la mano y él cruzó la avenida a grandes zancadas.

Abrí la puerta y salí del coche.

—¿No quiere sentarse delante? — le pregunté al hombre.

—No, no... No me queda más remedio que ir detrás por la pierna... Todavía no puedo doblarla del todo... Una herida antigua en la rodilla...

Hubiérase dicho que quería tranquilizarme. Me sonreía. ¿Era él ese Rigaud mencionado en el pasaporte?

—Puede subir —me dijo ella con un fruncimiento de ceño encantador.

Abrió la guantera y cogió un cigarrillo. Arrancó de forma un poco brusca. Él se había colocado al bies en el asiento de atrás, estirando encima una de las piernas.

La mujer conducía despacio y a mí me costaba mantener los ojos abiertos.

—¿Está de vacaciones? —me preguntó.

Temía que me hicieran preguntas más concretas: ¿cuáles son sus señas? ¿Está estudiando?

—No exactamente de vacaciones — dije —. No tengo muy claro si me voy a quedar aquí.

—Vivimos en una casita cerca de la playa de Pampelonne — me dijo —. Pero buscamos otra cosa en alquiler... Mientras usted esperaba hemos estado viendo una villa... Una pena... Me parece demasiado grande...

Él, detrás, no decía nada. Con una mano se daba masaje en la rodilla.

—A mí lo que me gustaba era el nombre: Les Issambres... ¿No le parece un nombre bonito?

Y me miraba tras las gafas de sol.

A la entrada de Saint-Tropez fuimos hacia la derecha, por la carretera de las playas.

—A partir de aquí siempre me equivoco de camino — dijo.

—Ve todo recto.

El hombre hablaba con voz grave y un leve acento parisino, por lo que se me ocurrió preguntarles si vivían en París.

—Sí, pero a lo mejor nos quedamos definitivamente aquí — dijo ella.

—¿Y usted vive en París?

Me volví hacia el hombre. Seguía con la pierna estirada en el asiento. Me daba la impresión de que me envolvía en una mirada irónica.

—Sí. Vivo en París.

—¿Con sus padres?

—No.

—Déjalo en paz —dijo ella—. No somos de la policía.

Apareció el mar, al fondo, a un nivel algo más bajo que la carretera, más allá de un terreno de vides y pinos.

—Has vuelto a pasarte —dijo él—. Había que girar a la izquierda.

Ella dio media vuelta y esquivó por los pelos un coche que venía en sentido contrario.

—¿No tiene miedo? —me preguntó él —. Ingrid conduce muy mal. Dentro de unos días, cuando tenga mejor la pierna, podré volver a ponerme al volante.

Nos habíamos metido por una carreterita en cuya entrada se alzaba una señal indicadora: TAHITI-MOOREA.

—¿Tiene carnet de conducir? — me preguntó ella.

—Sí.

—Entonces puede conducir en mi lugar. Sería más prudente.

Se detuvo en una encrucijada y yo me disponía a sustituirla al volante cuando me dijo:

—No, no... Ahora mismo no... Luego...

—Es a la izquierda —dijo él.

Y le mostraba otra señal indicadora: TAHITI-MOOREA.

Ahora la carretera no era ya sino un camino flanqueado de juncos. Fuimos siguiendo una tapia en que se abría una puerta azul marino. Detuvo el coche delante de esa puerta.

—Prefiero entrar por la playa — dijo él.

Continuamos por el camino de juncos hasta desembocar en un terreno que le servía de aparcamiento al restaurante Moorea. Tras aparcar el coche, cruzamos la terraza desierta del restaurante. Estábamos en la playa.

—Queda un poco más allá —dijo él—. Podemos ir a pie...

Ella se había quitado las alpargatas y se le había cogido del brazo. El hombre cojeaba, pero de forma menos acentuada que hacía un rato.

—Todavía no hay nadie en la playa — me dijo ella —. Es la hora que prefiero.

Una alambrada con agujeros separaba la finca de la playa. Nos colamos por uno de esos agujeros. Unos cincuenta metros más allá se alzaba un pabellón que me recordó los moteles de las autopistas americanas. Estaba a la sombra de un pinar pequeño.

—La villa principal está allí — me dijo él.

Al fondo del todo divisé, a través de los pinos, un edificio central de planta baja, blanco, de estilo árabe o español, que enmarcaba una piscina de baldosines azules. Alguien se estaba bañando en la piscina.

—Los dueños viven allí —me dijo—. Les hemos alquilado la casa del jardinero.

La mujer salió del pabellón con un traje de baño azul cielo. El hombre y yo la habíamos estado esperando en unas tumbonas delante de uno de los ventanales de corredera.

—Parece cansado —me dijo él—. Puede descansar aquí. Nosotros vamos a la playa... aquí mismo, enfrente...

La mujer me miraba en silencio tras las gafas de sol.

—Debería echarse una siesta.

Y me indicaba un colchón hinchable grande, al pie de un grupito de pinos, junto a un costado del pabellón.

Estaba echado en el colchón, con la vista clavada en el cielo y en la cima de los pinos. Oía voces que venían de la piscina, al fondo del todo, y ruido de chapuzones. Allá arriba, entre las ramas, juegos de sombra y sol. Cedía a un embotamiento muy dulce. Ahora que lo recuerdo, me parece que es uno de los pocos momentos de mi vida en que noté una sensación de bienestar que podría incluso llamar felicidad. En aquella somnolencia a medias, que interrumpía a veces un rayo de sol que se deslizaba entre la sombra de los pinos y me deslumbraba, me parecía completamente natural que me hubieran llevado a su casa, como si nos conociéramos desde hacía mucho. En cualquier caso, no tenía elección. Ya veríamos el giro que tomasen los acontecimientos. Acabé por quedarme dormido.

Los oía hablar a mi lado, pero no podía abrir los ojos. Se me filtraba por los párpados una luz naranja. Noté la presión de una mano en el hombro.

—¿Qué? ¿Ha dormido bien?

Me incorporé de golpe. El hombre llevaba un pantalón de hilo, un polo negro y gafas de sol. Y la mujer, un albornoz. Tenía el pelo mojado. Seguramente acababa de bañarse.

—Son casi las tres —dijo él—. ¿Almuerza con nosotros?

—No querría molestarlos.

Todavía estaba medio dormido.

—Pero si no nos molesta en absoluto... ¿Verdad, Ingrid?

—En absoluto.

Sonreía y me clavaba los ojos azul claro o grises.

Fuimos bordeando la playa hasta la terraza del restaurante Moorea. La mayoría de las mesas estaban vacías. Nos sentamos alrededor de una que protegía del sol la lona de una sombrilla verde. Un hombre con un físico de antiguo monitor de esquí vino a tomar nota.

—Como siempre —dijo ella—. Para tres.

El sol envolvía en una capa de silencio la playa, el mar y la terraza del Moorea. Y, con ese fondo de silencio, el menor sonido destacaba con especial intensidad: las voces de un grupo de personas en traje de baño en una mesa alejada de la nuestra y de cuya conversación podíamos enterarnos como si los tuviéramos al lado; el zumbido de una motora que resbalaba por el mar inmóvil y, de vez en cuando, flotaba con el motor apagado. Entonces oíamos las risas y las voces de quienes iban a bordo.

—Si lo he entendido bien —me dijo él —, no tenía previsto quedarse por aquí.

—No.

—Iba a la aventura...

Ni la mínima ironía en la voz. Antes bien, yo notaba que le caía simpático.

—Pero por desgracia tengo que volver a París lo antes posible para trabajar.

—¿Qué clase de trabajo?

Ahora era ella quien me hacía la pregunta, sin apartar de mí los ojos pálidos.

—Escribo artículos para revistas de geografía...

Solo mentía a medias. Había escrito un largo artículo sobre el periodista y explorador Henry R. Stanley y se lo había enviado a una revista de viajes, pero aún no sabía si lo iban a publicar.

—¿Y está de vuelta de un viaje? — me preguntó él.

—Sí, de Austria. De Viena.

Esperaba orientar la conversación hacia Viena. La mujer tenía que conocer forzosamente esa ciudad, puesto que había nacido en ella. Para mayor asombro mío, no reaccionó.

—Viena es una ciudad preciosa.

Por más que insistía, a ella Viena no le recordaba nada.

—¿Y ustedes trabajan en París?

—Estoy jubilado —dijo él, sonriendo, pero con un tono seco que no animaba a hacer más preguntas.

—Voy a bañarme. ¿Me esperáis aquí?

Ella se puso de pie y se quitó el albornoz blanco. Yo la seguía con los ojos por entre la calima. Cruzó la playa y, luego, se metió en el mar y, cuando le llegó el agua a la cintura, se puso a hacer el muerto.

Acabamos a la sombra de los pinos del pabellón. Jugábamos a un juego de cartas que me habían enseñado y cuyas reglas eran muy sencillas. Fue la única vez en mi vida en que he jugado a las cartas. Y luego llegó la media tarde.

—Voy a hacer unos recados — dijo ella.

Él se volvió hacia mí.

—¿Podría acompañarla? Sería más prudente... Conduce sin carnet. No quería decírselo hace un rato... Le habría entrado a usted miedo de que nos detuvieran en la carretera de Saint-Raphaël...

Soltó una risita breve.

—No le tengo miedo a nada — le dije.

—Hace bien... Nosotros tampoco a su edad...

—Pero seguimos sin tenerle miedo a nada — dijo ella, alzando el dedo índice.

Yo llevaba siempre en el bolsillo interior de la chaqueta el pasaporte y el carnet de conducir. Me senté al volante. Me costó trabajo arrancar y salir del aparcamiento del Moorea porque llevaba mucho sin conducir un coche.

—Me da la impresión de que conduce usted aún peor que yo — me dijo ella.

Me indicaba el camino. Otra vez aquella carreterita flanqueada de cañas de bambú. Era tan estrecha que, cada vez que venía un coche en sentido contrario, tenía



que meterme en el arcén.

—¿Quiere que conduzca yo? — me preguntó.

—No, no. Me apaño bien.

Aparqué el coche delante del Hôtel de Paris, que tenía una fachada y unas ventanitas con postigos de madera que le daban aspecto de hotel de montaña, y fuimos hasta el puerto a pie. Era la hora en que grupos de turistas paseaban, ociosos, por el muelle admirando los yates atracados o intentaban encontrar un sitio libre en la terraza de Senéquier. Compró unas cuantas cosas en la farmacia. Quería saber si yo necesitaba algo y, tras titubear un momento, le dije que tenía que comprar cuchillas Gillette Bleue Extra y espuma de afeitar, pero que no llevaba dinero. Luego fuimos a la librería y escogió una novela policíaca. Después al estanco del bar del puerto. Compró unos cuantos paquetes de cigarrillos. Nos costaba abrirnos camino entre el gentío.

Pero, algo más tarde, éramos los únicos que paseábamos por las callejuelas de la ciudad vieja. Volví a ese sitio en los años siguientes; caminé por el puerto y por las mismas callecitas con Annette, Wetzel y Cavanaugh. No podía remediar el no compartir por completo su despreocupación y su alegría de vivir. Estaba en otra parte, en otro verano, cada vez más remoto, y la luz de aquel verano experimentó con el paso del tiempo una curiosa transformación: en vez de palidecer, como las fotos viejas sobreexpuestas, se han acentuado los contrastes de sombra y sol, tanto que lo vuelvo a ver todo en blanco y negro.

Habíamos ido por la calle de La Ponche y, tras pasar bajo la bóveda, nos detuvimos en la plaza que domina el Puerto de Pescadores. Me indicó la terraza de una casa en ruinas.

—Mi marido y yo vivimos allá arriba hace mucho... No había usted nacido...

Seguía clavando en mí los ojos pálidos, cuya expresión ausente me intimidaba. Pero frunció el entrecejo de esa forma en que ya me había fijado y con la que parecía que se reía amablemente de mí.

—¿No quiere que andemos un poco?

En el jardín en cuesta, al pie de la Ciudadela, nos sentamos en un banco.

—¿Viven sus padres?

—He dejado de verlos —le dije.

—¿Por qué?

Otra vez el fruncimiento de cejas. ¿Qué le iba a contestar? Unos padres muy peculiares que siempre habían buscado internados o correccionales para librarse de mí.

—Cuando lo vi esta mañana al borde de la carretera, me pregunté si vivirían sus padres.

Volvimos a bajar hacia el puerto por la calle de la Citadelle. Me cogió del brazo porque la calle estaba en pendiente. El contacto de su brazo y su hombro me producía una impresión que no había sentido nunca aún, la de hallarme bajo la protección de alguien. Iba a ser la primera persona que podría ayudarme. Me invadía una sensación de ingravidez. Todas esas olas de dulzura que me transmitía con el simple contacto del brazo y con esa mirada azul claro que alzaba de vez en cuando hacia mí: yo no sabía que cosas así podían ocurrir en la vida.

Habíamos vuelto, por la playa, al pabellón. Estábamos sentados en las tumbonas. Era de noche y la luz que salía, desde el interior, por uno de los ventanales, nos iluminaba.

—¿Una partida de cartas? —dijo él—. Pero no me parece que le gusten gran cosa los juegos de sociedad...

—¿Jugábamos nosotros a las cartas a su edad?

Ella lo ponía por testigo y él sonreía.

—No nos daba tiempo a jugar a las cartas.

Lo dijo él, con voz más baja, para sí nada más, y me habría gustado saber a qué se dedicaban los dos en aquella época.

—Puede quedarse a dormir si no tiene otro sitio adonde ir — me dijo ella.

Me avergonzaba la idea de que me tomasen por un vagabundo.

—Se lo agradezco... Acepto, si no les supone una molestia...

Costaba decirlo y me clavé las uñas en las palmas de las manos para darme valor. Pero aún me quedaba por confesar lo más duro:

—Tengo que volver a París mañana. Por desgracia, me han robado todo el dinero que me quedaba.

Mejor que agachar la cabeza, la miré de frente, a los ojos, a la espera del veredicto. Volvió a fruncir el ceño.

—¿Y eso lo tiene preocupado?

—Tranquilo —dijo él—. Le encontraremos un billete de tren para mañana.

Arriba, detrás de los pinos, la villa y la piscina estaban iluminadas y veía siluetas que se deslizaban por los baldosines azules.

—Dan una fiesta todas las noches — dijo —. No nos dejan dormir. Por eso buscamos otra casa.

De repente, parecía agobiado.

—Al principio tenían mucho empeño en invitarnos a sus fiestas — dijo ella —. Así que apagábamos todas las luces del pabellón y hacíamos como si no estuviéramos.

—Aquí nos quedábamos, a oscuras. Una vez, vinieron a buscarnos. Nos refugiamos debajo de los pinos, aquí al lado...

¿Por qué adoptaban conmigo aquel tono de confianza o de confesión, como si intentasen justificarse?

—¿Los conocen? —les pregunté.

—Sí, sí, un poco... —dijo él—. Pero no queremos verlos...

—Nos hemos vuelto unos salvajes — dijo ella.

Se acercaban unas voces. Un grupito, a unos cincuenta metros, venía por el paseo flanqueado de pinos.

—¿No le importa si apagamos la luz? — me dijo él.

Entró en el pabellón y la luz se apagó, dejándonos a nosotros dos en semipenumbra. Ella me puso la mano en la muñeca.

—Ahora —dijo— hay que hablar en voz baja.

Me sonreía. Él, detrás de nosotros, cerró despacio el ventanal de corredera para no hacer ruido, volvió y se sentó en la tumbona. El grupo estaba ya muy cerca, en el umbral del paseo que llevaba al pabellón. Yo oía a uno de ellos que repetía:

—¡Te lo juro, oye! Te lo juro...

—Si llegan hasta aquí basta con que nos hagamos los dormidos — dijo él.

Pensé en el curioso espectáculo que íbamos a ofrecerles dormidos en las tumbonas en la oscuridad.

—¿Y si nos dan una palmada en el hombro para despertarnos? — pregunté.

—Entonces, en ese caso, nos haremos los muertos — dijo ella.

Pero estaban saliendo del paseo del pabellón e iban, cuesta abajo, bajo los pinos, en dirección a la playa. A la luz de la luna divisaba yo a dos hombres y tres mujeres.

—El peligro ha pasado —dijo él—. Vale más que sigamos a oscuras. Existe el riesgo de que vean la luz desde la playa.

Yo no sabía si era un juego o si hablaba en serio.

—¿Nuestro comportamiento le resulta sorprendente? — me preguntó ella con voz suave —. Hay momentos en que somos incapaces de cruzar con la gente la más mínima palabra... Está más allá de nuestras fuerzas.

Las siluetas se perfilaban en la playa. Se quitaban la ropa y la dejaban en un gran tronco de árbol esculpido con forma de tótem polinesio y cuya sombra le daba a uno la impresión de estar a la orilla de una laguna en algún lugar de los mares del Sur. Las mujeres, completamente desnudas, corrían hacia el mar. Los hombres fingían perseguirlas soltando rugidos. Desde la villa, allá al fondo, llegaban ráfagas de música y el bullicio de las conversaciones.

—Están así hasta las tres de la mañana — dijo él con voz de cansancio —. Bailan y se bañan a medianoche.

Nos quedamos mucho rato, callados, en las tumbonas, en la oscuridad, como si nos escondiéramos.

Fue ella quien me despertó. Al abrir los ojos, me volví a encontrar con esa mirada azul claro o gris clavada en mí. Abrí la hoja corredera del ventanal de la habitación y el sol de la mañana me deslumbró. Desayunamos fuera los tres. El aroma de los pinos flotaba a nuestro alrededor. Abajo, la playa estaba desierta. No quedaba ya rastro de los baños de medianoche. Ni una prenda de ropa olvidada en el tótem polinesio.

—Si quiere quedarse unos días, quédese — dijo él —. No nos molesta.

Tuve la tentación de decirle que sí. Volvió a adueñarse de mí la misma dulzura, la misma sensación exultante que cuando bajaba con ella por la calle en pendiente. Dejar que corriese la vida, día a día. No hacerse ya preguntas sobre el porvenir. Estar con personas a quienes les caes bien y te ayudan a sobreponerte a las dificultades y te dan, poco a poco, confianza en ti mismo.

—Tengo que volver a París... Por lo del trabajo...

Me propusieron llevarme en coche a la estación de Saint-Raphaël. No, no era molestia. De todas formas, tenían que ver otra vez la casa de Les Issambres. En esta ocasión, conducía él y yo me había sentado en el asiento de atrás.

—Espero que no pase miedo — dijo ella, volviéndose hacia mí —. Conduce peor aún que nosotros.

Conducía demasiado deprisa y, en las curvas, me agarraba al asiento. Al final, la mano se me extravió por el hombro de ella, y cuando iba a quitarla, él frenó de golpe en otra curva y ella me apretó la muñeca muy fuerte.

—Nos va a matar —dijo ella.

—No, no. No os preocupéis. Hoy tampoco va a ser.

En la estación de Saint-Raphaël él fue deprisa a la taquilla mientras ella me hacía quedarme delante del puesto de libros y periódicos.

—¿No puede buscarme una novela policíaca? — me pidió.

Miré las estanterías y elegí un libro de la colección Série Noire.

—Está bien —dijo ella.

Volvió él. Me alargaba un billete.

—Se lo he sacado en primera. Irá más cómodo.

Me sentí apurado. Buscaba palabras para darle las gracias.

—No hacía falta...

Se encogió de hombros y pagó el libro de la Série Noire. Luego me acompañaron al andén. Había que esperar el tren alrededor de diez minutos. Nos sentamos los tres en un banco.

—Me gustaría mucho volver a verlos — dije.

—Tenemos teléfono en París. Seguramente estaremos este invierno.

Se sacó del bolsillo interior de la chaqueta una pluma, arrancó la página de respeto del libro de la Série Noire y apuntó su nombre y su teléfono. Luego dobló la hoja y me la dio.

Me subí al vagón y los dos estaban delante de la ventanilla esperando que el tren arrancase.

—Irá muy tranquilo... —dijo él—. No hay nadie en los compartimientos.

En el momento de echar a andar el tren, ella se quitó las gafas de sol y volví a encontrarme con esos ojos azul claro o grises.

—Buena suerte —me dijo.

En Marsella, rebusqué en la bolsa de viaje por si me había dejado el pasaporte y me encontré, en el cuello de una camisa, unos cuantos billetes de banco. Me pregunté si habría sido idea de ella o de él dejarme ese dinero. A lo mejor de los dos a la vez.

Aproveché el 14 de julio para colarme en nuestro piso de La Cité Véron sin llamar la atención. Subí por las escaleras que ya no se usan, en la parte trasera del Moulin-Rouge. En el tercer piso, la puerta da a un chiscón. Antes de mi salida fingida para Río de Janeiro, cogí la llave de esa puerta — una llave maestra Bricard antigua cuya existencia no sospecha Annette — y dejé muy en evidencia encima de mi mesilla de noche la única llave que ella sabe que existe, la de la puerta principal del piso. Así, incluso si hubiera intuido que me había quedado en París, sabía que se me había olvidado la llave y que, por consiguiente, no podía entrar en casa de improviso.

No hay luz en el chiscón. A tientas, di con el pomo de la puerta por la que se entra en un cuartito, un cuarto que se habría llamado «de los niños» si Annette y yo hubiéramos tenido hijos. Un pasillo forrado de libros lleva a la habitación grande que usamos de salón. Iba de puntillas, pero no corría ningún riesgo. Estaban todos arriba, en la azotea. Oía el murmullo de sus conversaciones. La vida seguía sin mí. Por un momento, tuve la tentación de trepar por la estrecha escalera con barandilla de sogas trenzadas y sus salvavidas clavados en las paredes. Saldría a la azotea, que se parece al puente superior de un barco, porque Annette y yo habíamos querido que nuestra casa nos diera la impresión de estar siempre de crucero: ojos de buey, crujiás, borda... Así que saldría a la azotea y se haría eso que puedo llamar «un silencio de muerte». Luego, cuando pasara la sorpresa, me harían preguntas, me agasajarían y la alegría sería aún más vehemente que de costumbre y tomaríamos champán en honor del aparecido.

Pero me detuve en el primer peldaño. No, estaba claro, no me apetecía ver a nadie, ni hablar, ni dar explicaciones, ni reanudar el curso habitual de mi vida. Quise entrar en nuestra habitación para coger algo de ropa de verano y un par de mocasines. Giré despacio el pomo de la puerta. Estaba cerrada por dentro. Abajo, en la moqueta, un hilillo de luz. ¿Alguien se había aislado allí mientras la fiesta estaba en todo su apogeo? ¿Quién? ¿Annette y Cavanaugh? Mi viuda — pues ¿no era acaso mi viuda si yo decidía no volver a aparecer en la vida? — ¿estaba ocupando en ese momento el lecho conyugal con mi mejor amigo?

Entré en la habitación contigua, que utilizo de despacho. La puerta de comunicación estaba entornada. Reconocí la voz de Annette.

—Que no... Cariño... No tengas miedo... Nadie puede venir a molestarnos...

—¿Estás segura? Cualquiera puede bajar de la azotea y meterse aquí... Sobre todo Cavanaugh...

—Que no... Cavanaugh no va a venir... He echado la llave de la puerta...

Ya desde las primeras palabras de Annette, había adivinado por el tono dulce y protector, que no estaba con Cavanaugh. Había reconocido luego la voz amortiguada de Ben Smidane, un joven a quien habíamos admitido a principios de año en el Club de los Exploradores y cuyos padrinos habíamos sido Cavanaugh y yo, un joven que quería dedicarse a buscar pecios hundidos en el océano Índico y en el Pacífico y a quien Annette le había encontrado «cara de pastor griego».

La luz se apagó en la habitación y Annette dijo con voz ronca:

—No tengas miedo, cariño.

Entonces cerré la puerta sin ruido y encendí la lámpara de mi escritorio. Revolví los cajones hasta que encontré una carpeta de cartón verde oscuro. Me la metí debajo del brazo y salí de la habitación, dejando a mi viuda y a Ben Smidane entregados a sus amores.

Me quedé un momento quieto en medio del pasillo, oyendo la algarabía de las conversaciones. Pensé en Cavanaugh, de pie, arriba, con una copa de champán en la mano delante de la borda. Miraba con otros invitados la plaza Blanche, que parecía uno de esos puertecito de pescadores donde se hace escala. A menos que se hubiera percatado de la prolongada desaparición de Annette y se estuviera preguntando dónde podía haberse metido mi viuda.

Volví a verme, veinte años atrás, en compañía de Ingrid y de Rigaud, en la semipenumbra, delante del pabellón. A nuestro alrededor, voces y risas semejantes a las que me llegaban ahora desde la azotea. Tenía aproximadamente la edad de Ingrid y de Rigaud y su comportamiento, que me parecía tan raro por entonces, era el mío esta noche. Me acordaba de la frase de Ingrid: «Nos haremos los muertos».

Bajé por las escaleras secretas, en la parte trasera del Moulin-Rouge, y me encontré de nuevo en el bulevar. Crucé la plaza Blanche y alcé la cabeza hacia nuestra azotea. Desde allá arriba no había peligro de que me localizaran entre las oleadas de turistas que vomitaban los autocares y los paseantes del 14 de julio. ¿Se acordaban de mí aún un poquito? En el fondo, les tenía mucho cariño a mi viuda, a Cavanaugh, a Ben Smidane y a los demás invitados. Algún día volveré con vosotros. Todavía no sé la fecha concreta de mi resurrección. Debo tener fuerza y ganas. Pero esta noche voy a coger el metro hasta la estación Porte Dorée. Liviano. Tan desapegado de todo.

Al volver, a eso de las doce de la noche, las fuentes de la plaza seguían encendidas y unos cuantos grupos, entre los que vi que había niños, se encaminaban hacia la entrada del zoo. No cerraba porque era 14 de julio, y seguramente los animales estarían en sus jaulas o en sus cercados, medio dormidos. ¿Por qué no hacía yo también esa visita nocturna y cumplía así con esa ilusión de realizar lo que antes soñábamos: quedarnos encerrados de noche en el zoo?

Pero preferí volver al hotel Dodds y echarme en la estrecha cama de cerezo de mi habitación. Volví a leer las hojas que había en la carpeta verde oscuro. Notas e incluso breves capítulos que había redactado diez años atrás: el esbozo de un proyecto que acaricié por entonces, escribir una biografía de Ingrid.

Era el mes de septiembre, en París y, por primera vez, me vino una duda referida a mi vida y a mi oficio. A partir de ahora, tenía que compartir a Annette, mi mujer, con Cavanaugh, mi mejor amigo. La gente no les hacía ni caso a los documentales con que volvíamos de las antípodas. Todos esos viajes, esos países de monzones, de terremotos, de amebas y de selvas vírgenes ya no tenían atractivo para mí. ¿Lo habían tenido alguna vez?

Días de duda y de abatimiento. Disponía de cinco semanas de tregua antes de ir a trancas y barrancas por Asia siguiendo el itinerario que fue tiempo atrás el del Crucero Amarillo. Maldecía a los miembros de aquella expedición cuyos rastros de neumáticos tenía yo que encontrar. Nunca me habían parecido tan cautivadores París, los muelles del Sena y la plaza Blanche. Qué bobada separarme otra vez de todo esto...

El recuerdo de Ingrid me importunaba la mente de forma dolorosa y me había pasado los días anteriores al viaje anotando todo cuanto sabía de ella, es decir, poca cosa. Después de la guerra, durante cinco o seis años, Rigaud e Ingrid vivieron en el sur, pero yo no tenía información alguna acerca de esa temporada. Luego Ingrid se fue a América sin Rigaud. Fue tras un productor cinematográfico. Allí, el productor quiso que interpretase unos cuantos papeles de extra en películas sin importancia. Rigaud fue a reunirse con ella e Ingrid abandonó al productor y el cine. Volvió a separarse de Rigaud, que regresó a Francia, y se quedó aún muchos años en América, años de los que yo no sabía nada. Luego volvió a Francia y a París. Y, poco después, con Rigaud. Y así llegábamos a la época en que me los encontré en la carretera de Saint-Raphaël.

Noté una sensación desagradable al leer de nuevo, diez años después, todas esas notas, como si el autor fuera otro. Por ejemplo, el capítulo llamado «Los años de América». ¿Estaba seguro, en última instancia, de que había tenido tanta importancia en su existencia? Con el tiempo, aquel episodio tomaba una apariencia fútil y casi ridícula. Pero en la época en que escribí esas notas me llamaban más la atención los accesorios y las lentejuelas y no iba a lo esencial. ¡Qué puerilidad haber recortado de una revista de 1951 una foto en color de Les Champs-Élysées, de noche, en verano, so pretexto de que había sido en el verano de 1951 y en una de las terrazas de esa



avenida donde Ingrid conoció al productor americano...! Había incluido ese documento en mis notas para sugerir mejor el ambiente en que vivía Ingrid a los veinticinco años. Las sombrillas y los asientos de rejilla de las terrazas, el aspecto de ciudad balnearia que tenía aún por entonces la avenida de Les Champs-Élysées, la bonanza de las noches de París, que encajaba tan bien con la juventud de Ingrid... Y ese nombre que yo había apuntado: Alexandre d'Arc, un francés de Hollywood entrado en años, el hombre que esa noche presentó a Ingrid al productor, porque lo acompañaba en todos sus viajes a Europa y tenía el cometido de hacer que conociera a esas a quienes antes llamaban jovencitas...

Había entre mis notas otro documento que me había parecido necesario en la biografía de Ingrid: una foto del productor norteamericano, que había encontrado por casualidad mientras investigaba. La foto la habían tomado durante una velada de gala en un casino de Florida. Unos gimnastas estaban haciendo su número en una tarima, en el centro de la sala, y de repente el productor, para deslumbrar a Ingrid, se levantó de la mesa y se quitó el esmoquin, la pajarita y la camisa. Con el torso desnudo se subió a la tarima y, ante los gimnastas pasmados, agarró el trapecio. En la foto se lo veía sacando pecho, con el vientre plano y las piernas en ángulo recto. Era de estatura muy corta y llevaba un bigote recortado al filo de los labios que me traía a la memoria antiguos recuerdos de la infancia. Las mandíbulas apretadas, el torso triunfal y las piernas en ángulo recto...

Ese hombre quería demostrar a una mujer que habría podido ser su hija que seguimos siendo jóvenes eternamente. Al contarme esta anécdota, Ingrid se sumó a mi ataque de risa, tanto que se le saltaron las lágrimas. Me pregunto si las lágrimas no obedecían al pensamiento de tanta pérdida de tiempo en veladas inanes como aquella.

Rompí la foto de la avenida de Les Champs-Élysées y la del productor en trocitos muy pequeños y los mezclé antes de desperdigarlos por la papelería de mi habitación. Igual suerte tuvo la hoja en que aparecía aquel Alexandre d'Arc cuyo nombre de pacotilla y cuyo oficio de alcahuete me habían parecido tan novelescos diez años antes que había opinado que era un comparsa digno de figurar en una biografía de Ingrid. Sentí un vago remordimiento: ¿tiene derecho un biógrafo a suprimir algunos detalles so pretexto de que le parecen superfluos? ¿O todos tienen su importancia y hay que reunirlos, colocados en fila, sin permitirse dar preferencia a unos en perjuicio de otros, de forma tal que no debe faltar ni uno, igual que en el inventario de un embargo?

A menos que la línea de una vida, cuando ya ha llegado a su fin, se depure por sí misma de todos los elementos inútiles y decorativos. Y entonces ya solo queda lo esencial: los blancos, los silencios y los calderones. Acabé por quedarme dormido dándole vueltas en la cabeza a todas estas cuestiones trascendentales.

A la mañana siguiente, en el café de la esquina de la plaza con el bulevar de Soult, una chica y un chico que no tenían mucho más de veinte años estaban sentados en la mesa de al lado de la mía y me sonrieron. Tenía ganas de dirigirles la palabra. Me parecía que combinaban bien: él, moreno y ella, rubia. A lo mejor Annette y yo teníamos ese aspecto a su edad. Su presencia me reconfortaba y me transmitieron algo de su fluido y de su brillo ya que estuve todo el día animado.

Ese chico y esa chica me hicieron recordar mi primer encuentro en la carretera de Saint-Raphaël con Ingrid y Rigaud. Me había preguntado por qué habían parado el coche y me habían invitado a su casa con tanta naturalidad. Hubiérase dicho que me conocían de toda la vida. Claro está que yo había pasado la noche en blanco en el tren y con el cansancio me daba la impresión de que todo era posible y que no había ya en la vida la mínima aspereza: bastaba con que te dejases resbalar por una pendiente poco pronunciada y levantases el brazo para que un coche se parase y te ayudase sin hacerte la mínima pregunta. Te dormías bajo los pinos y, al despertar, dos ojos azul claro estaban clavados en ti. Bajaba por la calle de la Citadelle del brazo de Ingrid con la seguridad de que, por primera vez en la vida, estaba bajo la protección de alguien.

Pero no se me había olvidado cómo cojeaba Rigaud, lo menos posible, como si quisiera ocultar una herida, ni tampoco las palabras que había cuchicheado Ingrid en la oscuridad: Nos haremos los muertos. Debían de sentirse ya los dos en la recta final, al menos Ingrid. A lo mejor mi presencia les había servido de distracción y de consuelo pasajero. A lo mejor les había traído a la memoria, fugitivamente, un recuerdo de juventud. En efecto, se habían conocido a mi edad, en la Costa Azul. No tenían a quien recurrir. Y eran huérfanos. Esa era seguramente la razón por la que Ingrid quería saber si vivían mis padres.

No necesito consultar mis notas esta noche en la habitación del hotel Dodds. Lo recuerdo todo como si fuera ayer... Llegaron a la Costa Azul en la primavera de 1942. Ella tenía dieciséis años y él veintiuno. No se bajaron, como yo, en la estación de Saint-Raphaël, sino en la de Juan-les-Pins. Venían de París y habían cruzado ilegalmente la línea de demarcación. Ingrid llevaba un carnet de identidad falso a nombre de Ingrid Teyrsen, señora de Rigaud, según el cual era tres años mayor. Rigaud había escondido en el forro de sus chaquetas y en el fondo de la maleta varios cientos de miles de francos.

En Juan-les-Pins, esa mañana, eran los únicos viajeros. Un coche de alquiler esperaba delante de la estación, un coche de alquiler negro al que iba enganchado un caballo blanco. Decidieron cogerlo, por las maletas. El caballo iba al paso y bordeaban la glorietta desierta del pinar. El cochero llevaba la cabeza inclinada hacia la derecha. De espaldas, hubiera podido creerse que iba durmiendo. En la curva de la carretera de Le Cap, apareció el mar. El coche se metió por un paseo en pendiente. El cochero restalló el látigo y el caballo se puso al trote. Luego se detuvo, a tirones, al pie de la gigantesca mole blanca del hotel Provençal.

«Hay que contarles que estamos de viaje de novios», había dicho Rigaud.

Solo seguía abierta una planta del hotel y los escasos clientes parecían vivir en ella escondidas. Antes de llegar, el ascensor cruzaba despacio por rellanos de sombra y de silencio donde nunca más volvería a detenerse. Quien prefiriera subir por las escaleras necesitaba una linterna. El gran comedor estaba cerrado, con la araña envuelta en una sábana blanca. Tampoco funcionaba el bar. Así que la gente se reunía en un rincón del vestíbulo.

La ventana de su habitación, en la parte trasera del hotel, daba a una calle que bajaba, en pendiente suave, hacia la playa. Desde el balcón dominaban el pinar y muchas veces veían cómo el coche de alquiler tomaba la curva de Le Cap. Al caer la tarde, el silencio era tan hondo que el golpeteo de cascos por la carretera tardaba mucho en desvanecerse. Ingrid y Rigaud jugaban a ver quién tenía el oído más fino y tardaba más en dejar de oír el golpeteo de esos cascos.

En Juan-les-Pins hacían como si no existiera la guerra. Los hombres usaban pantalones playeros y las mujeres, pareos de colores claros. Todas esas personas les llevaban alrededor de veinte años a Ingrid y a Rigaud, pero apenas si se notaba. Gracias a la piel tostada y a los andares de deportistas conservaban un aspecto juvenil y falsamente despreocupado. No sabían cómo iban a ir las cosas cuando acabase el verano. A la hora del aperitivo se daban respectivamente las señas. ¿Conseguirían habitaciones aquel invierno en Megève? Algunos preferían Val-d'Isère y se disponían a «reservar» ya en el puerto de Iseran. Otros no tenían intención alguna de irse de la

Costa Azul. A lo mejor volvían a abrir el Latitude 43 de Saint-Tropez, ese hotel blanco que parece un paquebote varado entre los pinos, más arriba de la playa de La Bouillabaisse. Allí estarían a buen recaudo. Una angustia fugitiva podía leerse tras el bronceado de las caras; hay que ver, habría que ir buscando sin tregua un lugar que la guerra hubiera respetado y esos oasis escasearían cada vez más... En la Costa Azul el racionamiento acababa de empezar. No pensar en nada para no perder el buen ánimo. Esos días ociosos le daban a veces a uno la impresión de estar en libertad vigilada. Había que vaciar la mente. Dejar suavemente que lo entumecieran el sol y el balanceo de las palmeras con la brisa. Cerrar los ojos... Ingrid y Rigaud vivían al mismo ritmo que esas personas que se olvidaban de la guerra, pero se quedaban aparte y evitaban dirigirles la palabra. Al principio, su juventud causó extrañeza. ¿Estaban esperando a sus padres? ¿Estaban de vacaciones? Rigaud había contestado que Ingrid y él «estaban de viaje de novios», sencillamente. Y aquella respuesta, lejos de sorprenderles, les resultó reconfortante a los clientes de Le Provençal. Si los jóvenes se iban aún de viaje de novios, eso quería decir que la situación no era tan trágica y que la tierra seguía girando.

Por la mañana, bajaban los dos a la playa que se extendía a un nivel más bajo que el pinar, entre el casino y el arranque de la carretera de Le Cap. La playa privada del hotel, con su pérgola y sus casetas de baño, ya no funcionaba como «en tiempos de paz», por emplear la expresión del portero de Le Provençal. Unas cuantas tumbonas y unas cuantas sombrillas seguían a disposición de los clientes. Pero estaba prohibido usar las casetas de baño hasta que terminase la guerra. Un recién llegado se preguntaba si no había cometido una infracción al pisar esa playa. Sentía incluso cierta vergüenza al tomar el sol. Los primeros días, Rigaud tranquilizaba a Ingrid, que temía continuamente que les preguntasen qué hacían allí porque aún padecía las consecuencias de la vida precaria que había llevado en París. Le había comprado un traje de baño verde claro en una tienda de Juan-les-Pins. Y también un pareo con estampado en tonos pastel como los que llevaban las otras mujeres. Estaban tendidos en un pontón y, en cuanto el sol les secaba la piel, volvían a zambullirse en el agua. Nadaban hacia mar abierto y luego volvían a la playa, juntos, haciendo el muerto. A primera hora de la tarde, cuando apretaba el calor, cruzaban la carretera desierta e iban por el paseo flanqueado de pinos y de palmeras que llevaba a la entrada de Le Provençal. Con frecuencia, el portero no estaba en recepción. Pero Rigaud llevaba la llave en el bolsillo del albornoz. Y venía la subida lenta en el ascensor, los rellanos oscuros que desfilaban dejando intuir pasillos silenciosos e interminables, habitaciones de las que sin duda no quedaba más que el somier de las camas. A medida que el ascensor subía, el aire era más liviano, la penumbra los envolvía en frescor. En el quinto piso la ancha puerta de la reja se cerraba de golpe al salir ellos y nada volvía a alterar el silencio.

Miraban desde el balcón el pinar, al filo del cual se divisaba, bajo el verde oscuro, la mancha blanca del casino. Y, a lo largo de la tapia del recinto del hotel, la calle en

pendiente por donde no pasaba nadie. Luego cerraban las contraventanas de la habitación, unas contraventanas verde claro, del mismo color que el traje de baño de Ingrid.

Por la noche, bordeaban la glorieta del pinar para ir a cenar a un restaurante de Juan-les-Pins al que no le afectaban las restricciones. Iban clientes de Niza y de Cannes. Al principio, Ingrid no se sentía a gusto allí.

Los clientes habituales se saludaban de mesa a mesa; los hombres se echaban el jersey por los hombros, descuidadamente, las mujeres llevaban al aire la espalda tostada y se tapaban el pelo con pañuelos criollos. Se oían de refilón conversaciones en inglés. La guerra estaba tan lejos... La sala del restaurante estaba en el ala de un edificio cercano al casino y las mesas salían hasta la acera. Decían que la dueña — una tal señorita Cotillon — había tenido líos con la justicia, pero que ahora gozaba de «protecciones». Era muy amable y en Juan-les-Pins había que llamarla la Princesa de Borbón.

Regresaban al hotel, y las noches sin luna la intranquilidad se adueñaba de ambos. Ni una farola, ni una ventana encendida. El restaurante de la Princesa de Bourbon brillaba aún como si fuera la última en atreverse a desafiar el toque de queda. Pero, al cabo de pocos pasos, esa luz desaparecía y andaban en la oscuridad. También se apagaba el murmullo de las conversaciones. Todas esas personas, cuya presencia los tranquilizaba en torno a las mesas y a quienes veían en la playa durante el día, les parecían ahora irreales: figurantes que pertenecían a una gira teatral que la guerra había dejado atrapados en Juan-les-Pins y a quienes no les quedaba más remedio que interpretar sus papeles de veraneantes de pega en la playa y en el restaurante de una Princesa de Borbón de pega. El propio Le Provençal, cuya mole blanca se adivinaba en lo hondo de las tinieblas, era un decorado gigantesco de cartón piedra.

Y cada vez que cruzaban por ese pinar a oscuras, Ingrid tenía un ataque de llanto.

Pero entraban en el vestíbulo. La luz resplandeciente de la araña les hacía guiñar los ojos. El portero estaba, de uniforme, detrás del mostrador de recepción. Sonreía y les alargaba la llave de su habitación. Las cosas recobraban algo de consistencia y de realidad. Estaban en un vestíbulo de un hotel de verdad con paredes de verdad y un portero de uniforme. Luego subían en el ascensor. Y otra vez la duda y la inquietud les pasaban por la cabeza cuando apretaban el botón del quinto; una tira adhesiva tapaba los botones de los demás pisos para dejar claro que estaban condenados.

Al final del lento ascenso en la oscuridad, llegaban a un rellano y a un pasillo que iluminaban débilmente unas bombillas al aire. Así eran las cosas. Pasaban de la luz a la sombra y de la sombra a la luz. Era preciso acostumbrarse a ese mundo en el que todo podía tambalearse de un momento a otro.

Por la mañana, cuando abrían las contraventanas, una luz cruda inundaba la habitación. Era exactamente igual que en los veranos de antes. El verde oscuro de los pinos, el cielo azul, los aromas de eucaliptos y de adelfas de la avenida de Saramartel, que baja hacia la playa... En la neblina de calor, la gran fachada blanca de Le Provençal se erguía por toda la eternidad y daba la impresión de que ese monumento lo protegía a uno si lo miraba desde el pontón, echado, después del baño.

Bastó con un detallito de nada para estropear ese paisaje, una mancha oscura que le llamó la atención a Rigaud por primera vez a media tarde en un banco de uno de los paseos del pinar. Ingrid y él volvían de dar una vuelta por el bulevar de la costa. Un hombre, con traje de calle, leía un periódico sentado en el banco. Y, contrastando con el color oscuro del traje, el cutis era de un blanco lechoso, como el de alguien que nunca se pone al sol.

A la mañana siguiente estaban los dos tumbados en el pontón. Y a Rigaud volvió a llamarle la atención aquella mancha oscura acodada en la balaustrada del terraplén, a la izquierda de las escaleras que llevaban a la playa. El hombre observaba a unas pocas personas que tomaban el sol. Rigaud era el único que lo veía, porque los demás estaban de espaldas. Por un momento, pensó en indicárselo a Ingrid, pero cambió de opinión. Se la llevó a bañarse, nadaron aún más adentro que de costumbre y volvieron hacia el pontón haciendo el muerto. Ingrid prefería quedarse en la playa, porque la madera del pontón quemaba. Rigaud fue a buscarle una tumbona a la galería de las casetas. Volvía junto a Ingrid, que estaba en la orilla con el traje de baño verde claro, y alzó la cabeza hacia la balaustrada. En esta ocasión, el hombre parecía estar espiando a Ingrid mientras fumaba un cigarrillo que se le quedaba pegado a los labios. Seguía con la cara igual de lechosa pese a los rayos del sol. Y el traje parecía aún más oscuro por contraste con las galerías y las casetas blancas de la playa. Rigaud volvió a verlo a la hora del aperitivo, sentado al fondo del vestíbulo, con los ojos clavados en los clientes que salían del ascensor.

Hasta entonces no le había visto bien los rasgos de la cara. Fue esa misma noche, en el restaurante de la Princesa de Borbón, cuando pudo hacerlo a gusto. El hombre estaba sentado en una mesa próxima a la de ellos, al fondo del local. Cara huesuda. El pelo rubio con reflejos pelirrojos peinado hacia atrás. La piel lechosa parecía picada de viruelas en los pómulos. Llevaba traje de calle y recorría con mirada atenta las mesas donde se habían acomodado los clientes habituales del establecimiento. Hubiérase dicho que quería hacer un censo. Acabó por mirar con insistencia a Ingrid y a Rigaud.

—¿Están de vacaciones?

Había intentado suavizar el timbre metálico de la voz, como si intentase hacerles confesar un secreto vergonzoso. Ingrid volvió la cabeza hacia él.

—No exactamente —dijo Rigaud—. Estamos en viaje de novios.

—¿En viaje de novios?

Con una inclinación de la cabeza, expresó una admiración fingida. Luego se sacó del bolsillo de la chaqueta una boquilla y metió en ella un Caporal — el paquete estaba encima de la mesa —, lo encendió y aspiró una bocanada larga que le dejó chupadas las mejillas.

—¡Qué suerte tienen de estar en viaje de novios!

—¿Suerte? ¿Usted cree?

Rigaud se arrepintió de la forma insolente en que le había contestado. Había clavado la mirada en el hombre, con unos ojos como platos, fingiendo asombro.

—Vistas las circunstancias, pocas personas de su edad se permiten hacer un viaje de novios...

Otra vez aquel tono empalagoso. Ingrid no decía nada. Rigaud intuía que se sentía violenta y le habría gustado irse del restaurante.

—¿Tolera bien esos cigarrillos? — le preguntó Rigaud al hombre, señalando el paquete de Caporal que había encima de la mesa.

Vértigo. Era demasiado tarde para no ceder a él. El hombre lo miraba, guiñando los ojos. Rigaud se oyó a sí mismo decirle:

—¿No le dan dolor de garganta? Tengo cigarrillos ingleses, si quiere.

Y le alargó un paquete de Craven.

—No fumo cigarrillos ingleses — dijo el hombre, con sonrisa crispada —. No me lo puedo permitir.

Luego miró la carta y, partir de ese momento, fingió no hacer caso ni de Ingrid ni de Rigaud. Seguía recorriendo incansablemente con los ojos las mesas, como si quisiera grabarse en la memoria el rostro de todos los presentes y tomar, luego, notas.

De vuelta al hotel, Rigaud se arrepintió de su gesto pueril de provocación. El paquete de Craven se lo había encontrado en el cajón de la mesilla de noche, vacío; lo había dejado olvidado un cliente de los días faustos anteriores a la guerra. Ingrid y él estaban acodados en el balcón. Abajo, el tejado de la iglesia y los pinos piñoneros se perfilaban a la luz de la luna. El follaje ocultaba la terraza del restaurante de la Princesa de Borbón.

—¿Quién será el individuo ese? — preguntó Ingrid.

—No lo sé.

Si Rigaud hubiera estado solo, la presencia de ese hombre no le habría hecho sentir ninguna aprensión. Nunca había tenido miedo de nada desde que empezó la guerra, pero tenía miedo por Ingrid.

Muchas veces la mancha oscura — como lo llamaba Rigaud — no aparecía. Podía pensarse que el sol de Juan-les-Pins la había hecho desvanecerse para siempre. Por desgracia, volvía a aparecer donde ya no se la esperaba. En la balaustrada de la playa, a la hora del baño. En la acera de la carretera de Le Cap. En la terraza del casino. Una noche en que Rigaud se disponía a tomar el ascensor para reunirse con Ingrid en la habitación, oyó a su espalda una voz metálica.

—¿Seguimos de viaje de novios?

Se volvió. El hombre estaba ante él y lo acariciaba con la mirada.

—Sí. Seguimos de viaje de novios.

Respondió de la forma más neutra posible. Por Ingrid.

Una madrugada, se despertó a eso de las tres y abrió la ventana porque hacía un calor asfixiante. Ingrid dormía y había apartado la sábana a los pies de la cama. Un reflejo de luna le iluminaba el hombro y la curva de la cadera. Rigaud se notaba nervioso y no podía volver a conciliar el sueño. Se levantó de puntillas y salió de la habitación para intentar conseguir un paquete de cigarrillos. Las bombillas del pasillo daban una luz más débil que de costumbre. La del ascensor estaba apagada, pero abajo la araña resplandecía con mucha fuerza.

Se disponía a cruzar el vestíbulo cuando vio la mancha oscura detrás del mostrador de recepción. El hombre estaba solo, inclinado sobre un libro de registro abierto de par en par y tomaba notas. No se había percatado de la presencia de Rigaud y este estaba aún a tiempo de dar media vuelta y volver a la habitación. Pero igual que la otra noche, en el restaurante de la Princesa de Borbón, le entró el vértigo. Se acercaba con pasos lentos al mostrador de la recepción. El hombre seguía ensimismado en su tarea. Al llegar ante él, Rigaud apoyó las palmas de las manos en el mármol. Entonces el hombre alzó la cabeza y esbozó una sonrisa forzada.

—Vengo por un paquete de cigarrillos — dijo Rigaud.

—¿Craven, supongo?

Era el mismo tono empalagoso de la otra noche.

—Pero le estoy molestando en su tarea. Volveré más tarde.

Y Rigaud se inclinó ostensiblemente hacia la libreta en que el hombre estaba tomando notas: una lista de nombres que había recopilado, los nombres de los clientes que figuraban en el registro del hotel. El hombre cerró la libreta con un ademán seco.

—A falta de Craven, igual le apetece uno de estos.

Y le alargó el paquete de Caporal.

—No, gracias.

Rigaud lo había dicho con tono amable. No apartaba la vista del registro del hotel, abierto ante él.

—¿Estaba tomando notas?



—Reunía unas cuantas informaciones. Y, mientras yo trabajo, usted está de viaje de novios...

Igual que la noche anterior, envolvía a Rigaud en una mirada acariciadora. Y su sonrisa dejó a la vista un diente de oro.

Rigaud había bajado la cabeza. Ante sí, la mancha oscura del traje. Un traje arrugado. Del cuello de la camisa marrón colgaba una corbata negra demasiado pequeña. El hombre había encendido un cigarrillo. Le caían cenizas en las solapas de la chaqueta. Olía de repente a un olor muy raro, una mezcla de tabaco, de sudor y de perfume de violeta.

—Lamento muchísimo estar de viaje de novios — dijo Rigaud —. Pero eso es lo que hay... Y no puede ser de otra manera...

Luego le dio la espalda y cruzó el vestíbulo en dirección al ascensor. Al llegar ante la reja de este, miró atentamente al hombre, allí, en el mostrador de recepción. También el hombre clavaba la vista en él. Y, ante la mirada insistente de Rigaud, acabó por reanudar el trabajo intentando parecer lo más natural posible. Hojeaba el registro del hotel y, de vez en cuando, escribía algo en la libreta, seguramente el nombre de un cliente que se le había pasado.

En la habitación, Ingrid seguía durmiendo. Rigaud se sentó a los pies de la cama y contempló ese rostro suave e infantil. Sabía que ya no volvería a conciliar el sueño.

Fue a apoyarse a la barandilla del balcón. Desde allí podía seguir velando por ella. La mejilla izquierda de Ingrid descansaba en el brazo estirado. La mano le flotaba en el vacío. Rigaud oyó el golpeteo de los cascos que anunciaban el paso del coche de alquiler y se preguntó si no era víctima de una ilusión. ¿Por qué aquel coche tan tarde? El ruido se acercaba y él se asomó al balcón con la esperanza de ver pasar el caballo blanco. Pero un bosquecillo de pinos tapaba la curva de la carretera de Le Cap.

El golpeteo de los cascos se alejaba y no podía jugar con Ingrid a ver quién iba a tardar más en dejar de oírlo. Cerró los ojos. Ahora el golpeteo era casi imperceptible, allá, en la carretera. Enseguida se extinguiría y nada más alteraría el silencio. Se imaginó junto a Ingrid en el coche que iba por esa carretera. Se inclinaba hacia el cochero y le preguntaba por el destino del viaje, pero este se había quedado dormido. Ingrid también. Se le había caído la cabeza en su hombro y notaba él su aliento entre el hombro y el cuello. Ya solo quedaban despiertos el caballo blanco y él. A él le impedía dormir la angustia. Pero ¿y al caballo blanco? ¿Y si se paraba de repente en medio de la carretera, en plena noche?

Al día siguiente por la mañana estaban tomando el sol en el pontón y, de vez en cuando, Rigaud alzaba la cabeza hacia la balaustrada desde la que se dominaba la

playa para comprobar si la mancha oscura estaba allí. Pero no estaba. Se había volatilizado. ¿Por cuánto tiempo? ¿En qué momento y en qué lugar de Juan-les-Pins volvería a aparecer?

A Ingrid se le había olvidado en la habitación el sombrero ancho de playa que la protegía del sol.

—Voy a buscarlo —dijo Rigaud.

—Que no. No vayas.

—Sí. Voy.

Era un pretexto para irse un momento de la playa sin despertar la inquietud de Ingrid. Quería comprobar si el hombre andaba por los alrededores. Se sentiría más relajado si podía localizarlo. Pero no estaba ni en los jardines ni en el vestíbulo del hotel. Con el sombrero de playa en la mano, Rigaud dio un rodeo por la calle de L'Oratoire, que llegaba hasta el pinar. El sol era agobiante e iba por la acera de la sombra. Unos diez metros por delante de él iba andando un hombre de elevada estatura y un poco cargado de espaldas. Reconoció al portero del hotel.

El sombrero de playa se parecía a los que llevaba su madre hacía diez años. Ingrid lo había comprado en una tienda próxima al casino donde ya no quedaba en el escaparate más que ese sombrero: alguien — quizá su madre — se lo había dejado olvidado en Juan-les-Pins al acabar un verano, igual que el paquete de Craven vacío que se había encontrado en el fondo del cajón.

El portero andaba despacio, y Rigaud iba detrás de él y no quería adelantarlo. Se acordaba de la villa, en la carretera de Le Cap, donde su madre solía llevarlo a veces a visitar a una amiga norteamericana. Esos días salían de Cannes después del almuerzo. Rigaud tenía entre diez y doce años. La visita a casa de la norteamericana duraba hasta la noche. Mucha gente en el salón y en el embarcadero de tablones, a un nivel inferior. A todas esas personas les interesaba el esquí acuático y la norteamericana había sido la primera mujer en practicarlo. Rigaud recordaba a uno de los invitados: un hombre tostado con el pelo blanco, el cuerpo tan seco como el de una momia y muy aficionado también al esquí acuático. Su madre le decía siempre, indicándole a ese invitado: «Ve a saludar al señor Bailby», antes de dejarlo abandonado en el jardín, donde se pasaba la tarde jugando solo. Malos recuerdos. Se los había traído a la memoria el portero, que caminaba delante de él. Lo alcanzó y le puso una mano en el hombro. El hombre se volvió, extrañado, y le sonrió:

—¿Es usted un cliente del hotel, si no me equivoco?

A Rigaud lo movía hacia ese hombre un impulso. Se sentía tan desvalido desde el día anterior, tenía tanto miedo a que le pudiera ocurrir algo malo a Ingrid que estaba dispuesto a aferrarse a cualquier salvavidas.

—Soy el hijo de la señora de Paul Rigaud...

Se le había escapado la frase y le entraron ganas de reírse. ¿Por qué invocar a su madre de pronto, a esa mujer tan poco maternal que lo dejaba abandonado días enteros en el jardín de la villa e incluso se lo había dejado olvidado una noche? Más

adelante, cuando padecía hambre y frío en un internado de los Alpes, lo único que le pareció oportuno enviarle fue una camisa de seda.

—¿De verdad es usted el hijo de la señora de Paul Rigaud...?

El hombre lo contemplaba como si fuera el príncipe de Gales.

—Tenía usted que haberlo dicho antes, caballero, que era hijo suyo...

El portero se había enderezado y parecía tan emocionado que a Rigaud le dio la impresión de que había pronunciado una fórmula mágica. Se preguntó si no habría escogido para refugiarse Juan-les-Pins porque ese lugar iba unido a su infancia. Una infancia triste, pero a buen recaudo en un mundo que creía aún en su perennidad o que era demasiado frívolo para pensar en su porvenir. Igual que su madre, esa infeliz cabeza hueca... No habría sido capaz de entender nada ni de la guerra ni del Juan-les-Pins fantasmal de ahora donde la gente vivía del mercado negro con documentación falsa en el bolsillo. Y resulta que la estaba utilizando como último recurso.

—Guardo un recuerdo tan extraordinario de la señora de Paul Rigaud... Venía muchas veces a reunirse con sus amigos aquí, en Juan... Y usted es hijo suyo...

Lo envolvía en una mirada protectora. Rigaud estaba seguro de que aquel hombre podía ayudarlo.

—Querría pedirle un consejo — tartamudeó —. Estoy en una situación delicada...

—Para hablar estaremos mejor aquí.

Lo llevaba bajo la bóveda de un edificio grande y blanco cuyos tejados y patios de recreo desiertos veía Rigaud desde el balcón de su habitación: la escuela Saint-Philippe. Salieron a uno de los patios de recreo que concluía en una zona cubierta, de soportales, y el portero lo condujo hasta un plátano en el borde del patio. Le indicó el banco que había al pie del plátano.

—Siéntese.

Y se sentó al lado de Rigaud.

—Lo escucho.

El hombre aquel tenía edad para ser su abuelo, el pelo blanco y unas piernas largas que cruzó. Y el porte de un inglés o de un norteamericano.

—Bueno... —empezó Rigaud con voz titubeante —. He venido de París con una joven...

—Su mujer, si estoy en lo cierto.

—No es mi mujer... Le conseguí documentación falsa... Tenía que salir de París...

—Entiendo...

¿Y si todo esto fuera solo un mal sueño? ¿Cómo podía la guerra tener algún viso de realidad cuando estaba uno sentado debajo del plátano de un patio de recreo en el sosiego provincial de una tarde que está empezando? Al fondo, las aulas y, a su lado, un hombre de pelo blanco y voz afectuosa que conserva un recuerdo emocionado de la madre de uno. Y el canto tranquilizador y monótono de los grillos.

—No pueden seguir en el hotel — le dijo el portero —. Pero voy a buscarles otro refugio...

—¿De verdad le parece que no podemos quedarnos? — susurró Rigaud.

—La semana que viene va a haber redadas de la policía en todos los hoteles de la costa.

Un gato se coló por la puerta entornada de una de las aulas, cruzó por los soportales y fue a hacerse un ovillo en un charco de sol. Y seguía oyéndose el canto de los grillos.

—Ya nos ha estado controlando un hombre que ha llegado especialmente de París.

—Lo sé —dijo Rigaud—. Un hombre con un traje oscuro. ¿Cree que sigue aquí?

—Desgraciadamente —dijo el portero —. Anda entre Cannes y Niza. Pide que le dejen controlar los registros de todos los hoteles.

Rigaud había dejado en el banco, junto a él, el sombrero de playa de Ingrid. Debía de estarse preocupando al ver que no volvía. Le habría gustado que estuviera con ellos en aquel patio de recreo donde uno se sentía seguro. Más allá, el gato dormía en el centro del charco de sol.

—¿No le parece que podríamos escondernos aquí? — preguntó Rigaud.

Y le indicó al portero las aulas y el primer piso del edificio, donde seguramente estaban los dormitorios.

—Tengo un escondrijo mejor para ustedes — dijo el portero —. La villa de una americana con la que su madre tenía mucho trato.

De camino hacia la playa, Rigaud pensaba en lo que le iba a decir a Ingrid. Le ocultaría que había redadas de la policía previstas para la siguiente semana y le explicaría, sencillamente, que una amiga de su madre les prestaba una villa. Su madre... ¿Por qué ironía del destino volvía a aparecer en su vida de forma tan insistente siendo así que siempre le había fallado su presencia cuando la había necesitado? Y ahora que estaba muerta era como si la señora de Paul Rigaud quisiera hacerse perdonar y borrar todos los agravios que le había hecho.

La playa estaba desierta. Ni siquiera habían recogido las pocas tumbonas que seguían de cara al mar. Solo quedaba ya Ingrid. Estaba tomando el sol en el pontón.

—Me he encontrado con el portero de Le Provençal — dijo Rigaud —. Nos ha encontrado una villa. El hotel va a cerrar dentro de poco.

Ingrid se había sentado al filo del pontón, con las piernas colgando en el vacío. Se había puesto el ancho sombrero que le tapaba la cara.

—Qué raro —dijo—. Se han ido todos al mismo tiempo.

Rigaud no apartaba la vista de las tumbonas vacías.

—Seguramente estarán durmiendo la siesta...

Pero sabía perfectamente que los demás días, a esa misma hora, todavía había gente en la playa.

—¿Nos bañamos? —dijo Ingrid.

—Sí.

Se había quitado el sombrero y lo dejó en el pontón. Se zambulleron los dos. El mar estaba tan quieto como un lago. Nadaron a braza unos cincuenta metros. Rigaud alzó ligeramente la cabeza en dirección a la playa y al pontón. El ancho sombrero de Ingrid era una mancha roja en la madera oscura. Era la única señal de una presencia humana por aquellos alrededores.

A eso de las cinco de la tarde se fueron de la playa y Rigaud quiso hacerse con un periódico. A Ingrid le extrañó. Desde que habían llegado a Juan-les-Pins no habían leído ni un periódico, con la excepción de una revista de cine que Ingrid compraba todas las semanas.

Pero el quiosquero había cerrado. Y en la calle de Guy-de-Maupassant todas las tiendas habían echado ya el cierre. Eran los únicos que andaban por la acera. Dieron media vuelta.

—¿No te parece raro? —preguntó Ingrid.

—No... Qué va... —dijo Rigaud esforzándose por adoptar un tono indiferente—. Ha concluido la temporada... Y no nos hemos dado cuenta...

—¿Por qué querías comprar un periódico? ¿Ha pasado algo?

—No.

La glorieta del pinar también estaba desierta. Y en el terreno donde, habitualmente, se jugaban las partidas de petanca no había ni un jugador: ¿también los vecinos de Juan-les-Pins se habían ido de su ciudad, igual que los veraneantes?

Delante de la entrada de Le Provençal, el coche de alquiler del caballo blanco estaba parado, esperando, y el cochero acababa de cargar un montón de maletas. Luego se subió a su sitio y chasqueó el látigo. El caballo, con paso más despacioso aún que de ordinario, empezó a bajar por el paseo del hotel. Ingrid y Rigaud se quedaron quietos un momento, en el umbral, para oír cómo iba menguando el golpeteo de los cascos.

A Rigaud le entró una aprensión de la que Ingrid debía de ser partícipe, porque le dijo:

—A lo mejor va a haber un terremoto...

Y, en torno a ellos, la luz de sol tornaba más hondo el silencio.

Nadie en el vestíbulo del hotel. A esas horas, los clientes estaban sentados en las mesas del fondo para tomar el aperitivo, y cuando Ingrid y Rigaud volvían de la playa, los recibía un murmullo de conversaciones.

El portero estaba detrás del mostrador de recepción.

—Pueden pasar otra noche aquí. Mañana, los acomodo en la villa.

—¿Solo quedamos nosotros? — preguntó Rigaud.

—Sí. Los demás se fueron después de comer. Por un artículo de ayer en un periódico de París...

Se volvió hacia los casilleros donde colgaban unas cuantas llaves, inútiles en adelante.

—Los he cambiado de habitación — dijo el portero —. Es más prudente... Están en el primero... Dentro de un rato les subo algo de cenar...

—¿Tiene el artículo ese? —preguntó Rigaud.

—Sí.

Esta vez subieron por las escaleras y fueron por el pasillo, que iluminaba una luz de emergencia, hasta la habitación 116. Las persianas estaban bajadas, pero el sol se filtraba por ellas de todas formas y dibujaba en el suelo delgados rectángulos de luz. Solo quedaba el somier de la cama. Rigaud se acercó a una de las ventanas y abrió el periódico que le había dado el portero. El título del artículo, en la primera página, se le metió por los ojos: «El gueto perfumado... El “Quién es quién” de las personalidades de los hoteles de la Costa Azul». Una lista de nombres al principio del artículo. El suyo no estaba porque sonaba a francés.

—¿Qué dicen en el artículo? — preguntó Ingrid.

—Nada interesante...

Dobló el periódico y lo metió hasta el fondo en el cajón de la mesilla de noche. Dentro de unos años, cuando hubiera acabado la guerra y el hotel volviera a estar tan animado como de costumbre, un cliente encontraría aquel periódico igual que él, Rigaud, había encontrado el paquete de Craven vacío. Fue a echarse junto a Ingrid en el somier y la estrechó entre sus brazos. Ya ni siquiera merecía la pena colocar en el picaporte de fuera el cartel de la mesilla de noche: «No molestar».

Dormía con sueño agitado. Se despertaba de golpe y se aseguraba de que Ingrid estaba bien, tendida a su lado, en el somier. Había querido cerrar la puerta con llave, pero era una precaución inútil: el portero le había dado una llave maestra que abría las puertas de comunicación entre las habitaciones del hotel.

Unos hombres, a quienes guiaba la mancha oscura, entraban en el vestíbulo e iban a llevar a cabo una redada policial. Pero Rigaud no temía por Ingrid. Esos hombres iban por los pasillos de los cinco pisos con linternas que apenas si perforaban la oscuridad. E iban a tener que abrir, una tras otra, las doscientas cincuenta habitaciones del hotel para comprobar si estaban ocupadas o no.

Oía los portazos regulares de las habitaciones de los pisos superiores. Los portazos se acercaban, le llegaban voces: la mancha oscura y los demás estaban ahora en su piso. Tenía la llave maestra apretada en la mano. En cuanto los oyera abrir la

puerta de la habitación de al lado de la suya, despertaría a Ingrid y se colarían en la habitación siguiente. Y ese juego del gato y del ratón continuaría por todas las habitaciones de la planta. La verdad es que los hombres no tenían posibilidad alguna de encontrarlos, porque estarían los dos acurrucados en lo hondo de las tinieblas de Le Provençal.

Volvió a despertarse sobresaltado. Ni un ruido. Ni el más mínimo portazo. Por las persianas entraba la luz del día. Se volvió hacia Ingrid. Con la mejilla apoyada en el brazo, dormía con su sueño de niña.

Al final del paseo de palmeras, se alzaba la fachada de estilo medieval de la villa, que coronaba una torrecilla. En la época en que iba allí con su madre, Rigaud leía a Walter Scott y los castillos de *Ivanhoe* o de *Quentin Durward* se los imaginaba semejantes a esa villa. Le había extrañado, la primera vez, que la americana o que el «señor Bailby» no fueran vestidos como los personajes que aparecían en las ilustraciones de esos libros.

El portero quiso empezar por enseñarles el jardín.

—Me lo sé de memoria —dijo Rigaud.

Habría podido recorrer con los ojos cerrados los paseos. Allí estaban el pozo y las falsas ruinas romanas y la pradera de césped cortado a la inglesa que contrastaba con los pinos piñoneros y las adelfas. Y más allá, al borde del césped, su madre se lo había dejado olvidado una noche y había vuelto a Cannes sin él.

—Aquí estarán a salvo.

El portero recorría con la mirada el jardín. Rigaud intentaba sobreponerse al malestar que sentía apretándole el brazo a Ingrid. Tenía la desagradable impresión de estar regresando al punto de partida, a los lugares de su infancia, que no le inspiraba afecto alguno, y de notar la presencia invisible de su madre cuando ya había conseguido olvidarse de esa infeliz: solo la relacionaba con malos recuerdos. Así que iba a tener que estar otra vez horas y horas prisionero de ese jardín... Sintió un escalofrío. La guerra le jugaba una mala pasada al obligarlo a regresar a esa cárcel que había sido su infancia y de la que se había evadido hacía mucho. Y resultaba que la realidad se parecía a las pesadillas que tenía con regularidad: era el comienzo de curso en el dormitorio del internado...

—No podría conseguirles refugio más seguro — repetía el portero.

Rigaud intentaba razonar: su madre había muerto y él era ya un adulto.

—¿Le preocupa algo? —preguntó el portero.

Ingrid también le lanzaba una mirada interrogativa.

—No, no. Nada en absoluto.

—¿En qué pensabas? —le preguntó Ingrid.

—En nada.

Bastaba con oír la voz de Ingrid y cruzar la mirada con la suya para que el pasado se convirtiera en polvo, con sus pobres accesorios: una madre fútil, una norteamericana campeona de esquí acuático, el pelo blanco y la piel tostada del señor Bailby y los invitados tomando cócteles abajo, junto al embarcadero de tablones. ¿Cómo todas esas cosas marchitas podían preocuparlo aún?

Caminaba junto a Ingrid por ese jardín, ahora diminuto en comparación con el de su infancia: un bosque donde siempre había temido perderse y no volver a dar con el camino del castillo.

—Ahora les voy a enseñar la villa...

Y le sorprendió comprobar de qué tamaño tan modesto le parecía también la villa al lado del castillo de las novelas de Walter Scott que conservaba en la memoria. Así que era solo eso.

Escogieron la habitación de la torrecilla por las paredes blancas. En el primer piso, el dormitorio de la norteamericana era más espacioso, pero las maderas oscuras, la cama con dosel y los muebles Imperio le daban un aspecto fúnebre. La mayoría de las veces estaban en el salón de la planta baja cuya veranda daba al jardín y al mar. Una pared entera de ese salón la ocupaba una librería cuyas obras habían decidido leer una por una en el orden en que estaban colocadas en las baldas.

Rigaud evitaba el jardín. Pero los días de sol bajaban por las escaleras de piedra hasta el embarcadero. Se bañaban y se tumbaban en el pontón del que antes habían salido los esquiadores acuáticos. En un garaje excavado en la propia roca dormían el fueraborda y los pares de esquís. ¿Volvería a utilizarlos alguien antes de que se pudrieran?

En los primeros tiempos, el portero de Le Provençal desaconsejaba a Rigaud y a Ingrid que salieran de la villa. Era él quien se hacía cargo del abastecimiento. Había ido con Rigaud al ayuntamiento de Antibes, donde había podido conseguir, gracias a un amigo suyo, un «certificado de trabajo» que estipulaba que los señores Rigaud eran los guardianes de la villa Saint-Georges, sita en el bulevar de Baudoin, en Juanles-Pins, Alpes Marítimos. En resumidas cuentas, no había hecho sino atenerse a su misión, ya que la norteamericana le había encargado que cuidase la villa mientras ella estaba fuera. La había puesto bajo la protección de la embajada de España. Rigaud, quien hasta entonces había hecho caso omiso de títulos universitarios, documentos administrativos, fichas de identidad y certificados de buena conducta, le había pedido al portero que le consiguiera todas las certificaciones que le permitieran poner a Ingrid definitivamente a buen recaudo de la policía. Llevaba siempre, pues, encima el certificado de trabajo a nombre de los señores Rigaud y una carta oficial que informaba de que la villa estaba bajo el control directo de la embajada de España en Vichy. Por consiguiente, estaban en territorio neutral y la guerra ya no iba ni con él ni con Ingrid.



Para mayor prudencia, decidió casarse por la iglesia con Ingrid. La única prueba de su matrimonio civil era la documentación falsificada de Ingrid a nombre de «señora Rigaud». Pero nunca había habido un matrimonio civil. La boda por la iglesia se celebró un sábado de invierno en la iglesia de Juan-les-Pins. El sacerdote era amigo del portero y los testigos fueron el portero y el hombre del ayuntamiento que les había proporcionado el certificado de trabajo. El banquete de bodas transcurrió en el salón de la villa. El portero fue al sótano a buscar una botella de champán y brindaron en honor de los recién casados. Rigaud añadió a los otros papeles que llevaba encima el certificado de matrimonio de la boda por la iglesia con Ingrid.

Cumplían concienzudamente con su papel de guardianes y limpiaban regularmente la villa. Perseguían la más mínima mota de polvo, enceraban los muebles y limpiaban los cristales. Rigaud se ocupaba del fueraborda y de los esquís acuáticos. La norteamericana y el señor Bailby se los encontrarían intactos si es que no eran demasiado viejos ambos para usarlos después de la guerra. Sí, la guerra acabaría. Las cosas no podían seguir así. Todo volvería a estar en orden. Es la ley de la naturaleza. Pero había que seguir vivos hasta que eso sucediera. Vivos. Y no llamar la atención. Ser lo más discretos posible. Habían renunciado definitivamente a caminar por las calles desiertas de Juan-les-Pins. Cuando se bañaban no se alejaban a más de cincuenta metros del embarcadero para evitar que los vieran desde la orilla.

A Ingrid le dio tiempo a leerse de un tirón todas las novelas de Pierre Benoit, cuyos tomos de tafilete rojo ocupaban una balda entera. Todos llevaban, en la página de respeto, una dedicatoria afectuosa para la norteamericana. Luego la emprendió con las obras completas de Alexandre Dumas, encuadernadas en verde esmeralda. Le leía algunos párrafos a Rigaud, quien estaba volviendo a pintar la veranda con los últimos botes de pintura lacada Ripolin que había encontrado en el mercado negro.

Por la noche, encendían el gran aparato de radio del salón. Siempre a la misma hora, un locutor con un timbre de voz metálico daba noticias de la guerra en forma de un editorial. Al oírlo, Rigaud estaba convencido de que la guerra acabaría pronto. Esa voz no tenía futuro, se intuía en su sonoridad cada vez más metálica. Era ya una voz de ultratumba. Se la seguiría oyendo un poco mientras durase la guerra y luego se extinguiría de la noche a la mañana.

Una noche de invierno en que estaban oyéndola en la semipenumbra del salón, Rigaud le preguntó a Ingrid:

—¿No te recuerda nada?

—No.

—Es la voz del individuo pelirrojo del traje oscuro a quien nos encontramos el año pasado en el restaurante... Estoy seguro de que es él...

—¿Tú crees?

Según la guerra iba deslizándose hacia el desenlace, el locutor recalcaba cada vez más fuerte las frases y las repetía sin cesar. El disco se rayaba. La voz se alejaba, la ahogaban unas interferencias y sonaba unos segundos con claridad antes de volver a esfumarse. La noche del desembarco de las tropas norteamericanas a pocos kilómetros de la villa, Ingrid y Rigaud iban a conseguir aún distinguir el timbre metálico del locutor perdido entre un pitido de parásitos. La voz intentó en vano luchar contra esa tormenta que la cubría. Por última vez, antes de ahogarse, iba a destacar en una frase recalcada como un grito de odio o una llamada de socorro.

A la hora de la cena era cuando oían al locutor y la voz había perdido para ellos todo viso de realidad. No era ya sino un ruido de fondo que se mezclaba con la música de las orquestas y con las canciones de la época.

Los días, los meses, las estaciones, los años pasaban monótonos, en una especie de eternidad. Ingrid y Rigaud recordaban apenas que estaban esperando algo, que debía de ser el fin de la guerra.

A veces, les daba señales de su existencia y alteraba lo que Rigaud había llamado su viaje de novios. Una noche de noviembre, unos *bersaglieri* tomaron posesión, a paso ligero, de Juan-les-Pins. Pocos meses después, fueron los alemanes. Construían fortificaciones a lo largo de la costa y rondaban alrededor de la villa. Había que apagar las luces y hacerse los muertos.